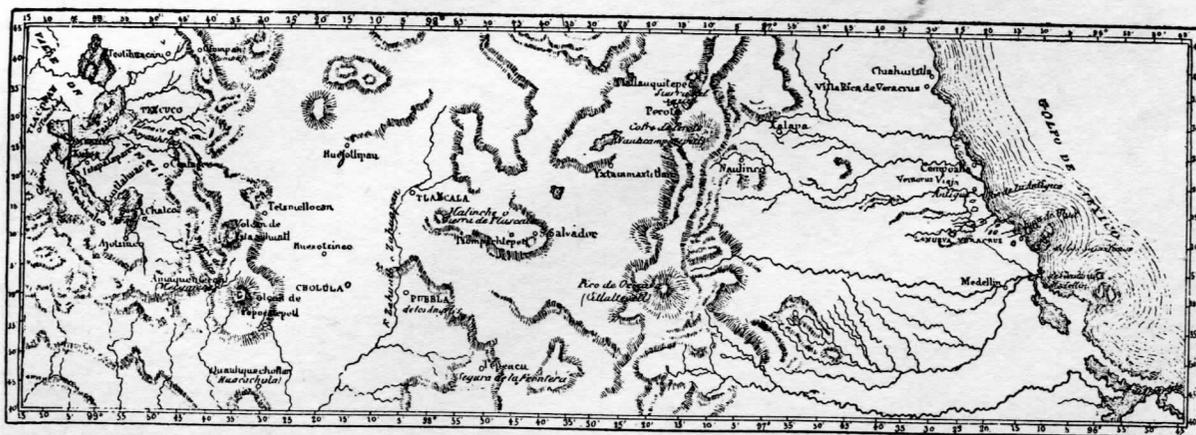


CAPÍTULO IX

Itinerario de Cortés. — El marcado por el señor Orozco. — Embajada de Motelchiuh. — Pérfido intento de Coatlpopoca — Cortés manda embajadores á Tlaxcalla. — Jeroglíficos de Tlaxcalla y de sus cuatro señoríos. — Los cuatro señores. — Su discusión sobre la embajada de Cortés. — Penetra Cortés en tierras de Tlaxcalla. — La muralla. — Batalla de Tecocac. — Batalla de Tzompantzinco. — Los tlaxcalteca cercan el campo de Cortés. — Se decide la paz. — Xicoténcatl, el joven. — Cortés entra en Tlaxcalla. — La ciudad. — Conducta política y guerrera de Cortés. — Torpezas de Moteczuma. — Medidas prudentes respecto á religión. — Bautismo de cinco doncellas principales. — Pinturas del lienzo de Tlaxcalla. — Nuevos aliados de Cortés — La marcha á Cholóllan. — Su alianza con México. — Diversas versiones sobre su actitud. — Sospechas de Cortés. — Recibe noticias del intento de destruir á los españoles. — Se resuelve en consejo de capitanes tomar la ofensiva. — Matanza de Cholóllan. — Nueva embajada de Moteczuma. — Se vuelven los cempoalteca. — Sale Cortés para México. — Cálpan. — Amaquemécan. — Tlalmanalco. — Ayotzinco. — Itztapalápan. — Día de la entrada de Cortés en México. — Conducta de Moteczuma. — Marcha del ejército de Cortés. — Sale Moteczuma á encontrarlo. — Verdadero lugar del encuentro. — Entrada en México. — Alojamiento de los españoles. — Sumisión atribuida á Moteczuma. — Cortés manda hacer en la noche salvas de artillería. — Inicia sin resultado la cuestión religiosa. — Retrato de Moteczuma. — Cortés visita el Tlatelolco — Hacen altar en su alojamiento los españoles. — Descubrimiento del tesoro de Axayácatl. — Cuauhpopoca. — Muerte de Escalante. — Situación difícil del ejército español. — Se resuelve prender al monarca de México — Prisión de Moteczuma. — Conserva en su alojamiento su carácter real. — Sus enviados traen á Cuauhpopoca y otros señores. — Cortés los manda quemar vivos. — Pone grillos á Moteczuma, y á poco se los quita. — Nuevas autoridades en la Villa Rica. — Cortés procura recoger grandes cantidades de oro. — Toman los españoles el tesoro de Netzahualcóyotl. — Expediciones á las regiones auríferas. — Construcción y estreno en el lago de los dos bergantines. — Establecimiento militar en Coatzacoalco. — Prisión de Cacama, Totoquihuáztin y otros grandes. — Se recoge de los pueblos tributarios nuevo tesoro. — Pedro de Alvarado en Texcoco. — Fundición del oro recogido y reparto injusto. — Quejas de los soldados españoles. — Familia de Moteczuma — Cortés destruye los ídolos de un templo y pone en él unas imágenes de la Virgen y San Cristóbal. — Causa esto gran excitación y Moteczuma le aconseja que deje la ciudad. — Llegan noticias del arribo de una nueva armada. — Velázquez prepara la expedición de Narváez. — Intervención de la Audiencia de Santo Domingo. — El oidor Ayllón. — Sale la armada. — Desembarca Narváez. — Embajada de Moteczuma. — Conquistadores que vinieron con Narváez. — Otras noticias sobre conquistadores.

Cortés no decidió marchar directamente á México porque su base de operaciones en el Totonacápan quedaba muy lejos: pensó buscar la alianza de Tlaxcalla,

pues allí quedaba inmediato al Anáhuac; así es que á esa región se dirigió. Alentábale, además, saber que los tlaxcalteca eran enemigos de los mexica, y que por lo



Mapa del país por donde pasaron los españoles en su marcha á México

mismo con habilidad podía hacer de ellos utilísimos aliados. Publicado existe un plano del camino que siguió Cortés, y aunque no determina los diversos lugares por donde pasó, da buena idea de la región y

de cómo se hizo el viaje por los terrenos situados entre el Citlaltépetl y el Poyauhtécatl ó sean el Pico de Orizaba y el Cofre de Perote. Ese camino montañoso era el indicado por dos razones: la primera, porque

siendo época de las lluvias más fuertes era el más practicable, y la segunda, porque seguía por tierras de sus aliados los totonaca ó inmediatas á ellas.

El itinerario marcado por el señor Orozco en vista de los mejores datos, es de Cempuállan á Xalápan, de ahí á Xicochimilco, en seguida á Ixhuacán y después, bajando de las sierras al Valle, á Xocotla, lugar fuerte y poblado cercano á la frontera de Tlaxcalla. En todo el tránsito, por medio de Aguilar y Marina, se hacía saber á los pueblos que estaban libres del tributo que pagaban á Moteczuma, y se les elogiaba la grandeza



Marcha de Cortés. — Jeroglíficos de Durán

del rey de España y las excelencias del cristianismo: en algunos lugares se dejaron cruces, mas no se derrocaban los ídolos, pues hubiera sido imprudente hacerse enemigos al paso.

Durán refiere que Moteczuma, sabiendo que emprendía viaje Cortés, le mandó de embajador, y para que lo guiase, al *Huitznáhuatl* llamado Motelchiuh; pero que aunque aquél se lo agradeció, le mandó volver á México, pues ya tenía quién de guía le sirviese. Cuenta también

Tlaxcallā



Embajada que manda Cortés á los cuatro señores de Tlaxcalla
Lienzo de Tlaxcalla

que en Náuhltlan se le ofreció á guiarle el mismo señor del pueblo llamado Coatlopopoca, quien con mala intención lo llevó por desbarrancaderos para que pereciesen los caballos. Creemos que hay confusión en Durán.

Ya cerca de Tlaxcalla, creyó conveniente Cortés mandar á ese señorío una embajada en forma, compuesta de cuatro de los principales cempoalteca, quienes llevaban por presente un sombrero vedijudo rojo de Flandes,

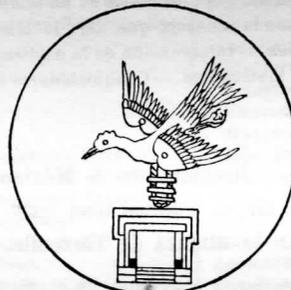
una ballesta y una espada, y á más una carta, pues aunque no se ocultaba á Cortés que no la entenderian, le pareció fórmula necesaria. Presentóse la embajada á los cuatro señores de Tlaxcalla, y aunque generalmente se dice que con ella iba Marina, no lo creemos porque era difícil que Cortés se desprendiese de su intérprete y porque en el lienzo está pintado el pasaje, los cuatro



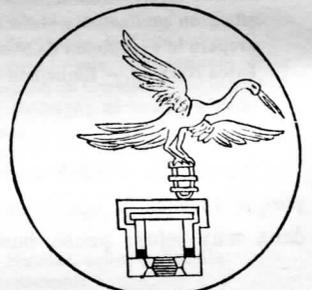
Jeroglífico de Tlaxcalla

señores tlaxcalteca y el embajador entregando la carta, y no pusieron á Marina como en otros lugares donde estuvo. Mientras volvía la embajada pasóse Cortés á Ixtacmaxtitlán.

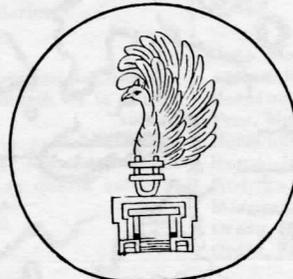
Recordaremos que cuatro señores gobernaban siempre en Tlaxcalla, unidos en los asuntos comunes y cada uno supremo en su señorío. En los jeroglíficos el



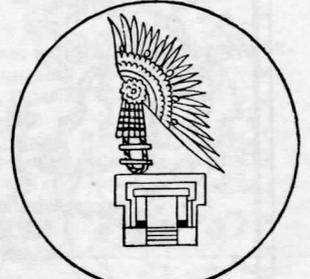
Ocotelolco



Tizatlán



Tepeticpác



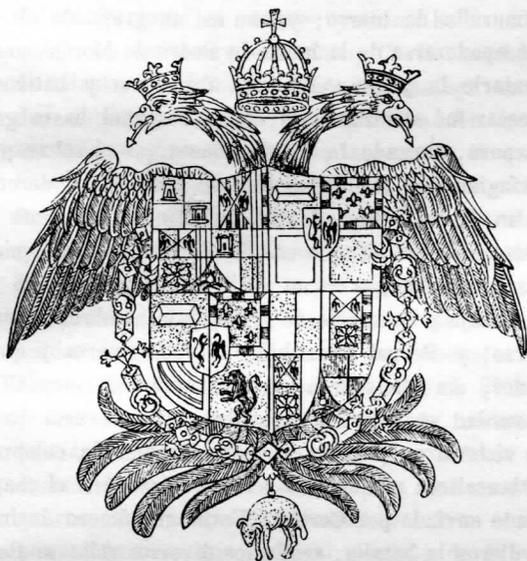
Quiahuiztlán

Armas de los cuatro señoríos de Tlaxcalla. — Lienzo de Tlaxcalla

conjunto de los cuatro señoríos ó sea Tlaxcalla, se representa por dos manos sobre un cerro teniendo una tortilla de maíz; el señorío de Tizatlán, por una garza; el de Ocotelolco, por una ave volando; el de Tepeticpác, por una preciosa ave parada con riquísimo plumaje, y

el de Quiahuiztlán, con un soberbio tocado de guerrero. Estos eran los verdaderos jeroglíficos que tenían en sus pinturas y en sus estandartes, según los hemos visto originales, y no los que generalmente se refieren.

En aquella sazón los cuatro señores eran: Maxixcátzin, de Ocotelolco y jefe del ejército; Xicoténcatl, de Tizatlán, anciano y casi ciego; Tlehuexolótzin, de Tepeticpác, y Citlalpopocátzin, de Quiahuiztlán. De los diversos relatos, entre los cuales se distinguen los de Herrera y Muñoz Camargo, resulta que recibidos los embajadores, por ser cempoalteca, tributarios de Moteczuma, y por lo mismo considerados enemigos de Tlaxcalla, lo primero que se pensó fué darles muerte; mas considerando que venían por Cortés, abandonóse la idea para discutir el asunto principal. Maxixcátzin opinó por



Armas de España que traía Cortés.—Lienzo de Tlaxcalla

recibir á los extranjeros, porque eran enemigos de Moteczuma y ofrecían ayudar á los tlaxcalteca contra los mexica; pero el anciano Xicoténcatl lo contradijo, exponiendo los peligros de recibir á esos hombres extraños que monstruos parecían, y recordando el deber de morir por la patria y por los dioses; Tlehuexolótzin buscaba términos medios y nada se decidía, y entretanto se hacían crueles sacrificios á las deidades, el mismo pueblo se dividía en encontradas opiniones y los embajadores no eran despachados.

Impaciente Cortés de que no volvían sus enviados, salió á los tres días de Iztacmaxtitlán reforzado con trescientos guerreros del lugar, y marchó á tierras de Tlaxcalla. Encontróse abandonada la muralla que por ese lado cerraba el señorío tlaxcalteca y que era una gran cerca de piedra seca, alta como estado y medio, ancha como veinte piés, y que atravesaba todo el Valle de sierra á sierra, con un pretil para pelear desde encima y una sola entrada como de diez pasos y en esta entrada doblada la una cerca sobre la otra dejando un

espacio de cuarenta pasos. Atravesóla el ejército á 31 de agosto, formado en orden de guerra: Cortés, con quince caballeros de descubierta, media legua adelante; por vanguardia una partida de peones ligeros apoyados por los ballesteros y los arcabuceros; formando el centro la artillería y el grueso de los de espada y rodela, y á la retaguardia el fardaje con unos mil quinientos guerreros aliados.

Algunos cempoalteca que se habían adelantado á buscar víveres y alojamiento fueron mal recibidos por Toxpacxochihuilli, señor de Tecocac, quien al punto aperció á sus guerreros para combatir á los invasores. Era Tecocac región otomí perteneciente á Tlaxcalla, de gente fiera y belicosa, valiente y ejercitada en las cosas de la guerra. Habría hecho el ejército de Cortés cuatro leguas cuando la descubierta se encontró con unos quince otomíes: trabóse la lucha, mataron de un tajo de *macuahuitl* un caballo cortándole á cercén el cuello, desjarretaron á otro, que murió también, é hirieron á otros tres caballos y á dos caballeros, quedando cinco otomíes en el campo. Un jinete corrió á rienda suelta á mandar que avanzase el grueso. Salieron de una emboscada tres mil guerreros, y Cortés les hizo rostro con ocho caballeros, mientras llegaron artillería é infantería, con lo cual dieron cuenta de los contrarios, haciéndoles diez y siete muertos y gran número de heridos. En el lienzo de Tlaxcalla no aparece la batalla



Recibimiento hecho á Cortés en Iliyócan.—Lienzo de Tlaxcalla

de Tecocac, sino un recibimiento amistoso, y antes de él otro en Iliyócan. Durán habla de mayor mortandad de indios, y Sahagún dice que mataron á todos los que hubieron á las manos. Los españoles tuvieron cuatro heridos. Como se ve, por más que á este combate quiera dársele las proporciones de una gran batalla, no pasó de un encuentro, lo cual se conoce por el número de muertos y heridos y por el tiempo que duró, pues con todos sus incidentes fueron dos horas. Y no podía ser de otra manera, porque ni Cortés sabía que iba á encontrar de pronto á los enemigos otomíes, ni éstos habían tenido más tiempo que para salir de prisa á atajar el paso á los españoles.

Estamos en un momento muy oscuro en los cronis-

tas y lleno de contradicciones. Los tlaxcalteca, por haberse aliado después á los españoles, quisieron borrar esos combates, y por eso no constan en el lienzo ni habla de ellos Muñoz Camargo; los mexica no tuvieron noticias muy exactas de todo, y en sus relatos hay confusión, y los españoles cuentan de los sucesos la parte que les era favorable. De aquí viene que escritores modernos muy respetables no se han dado razón de la verdad de los hechos; y sin embargo, creemos que por sí mismos se explican sencillamente.

El no haber vuelto la embajada de Cortés demuestra las vacilaciones de los tlaxcalteca y cómo se habían formado dos partidos, uno por la paz apoyado en que con la alianza de los españoles Tlaxcalla se sobrepondría á México, y otro por la guerra formado de hombres cautos como el viejo Xicoténcatl, que temían los peligros de recibir al extranjero, y de guerreros como Xicoténcatl, el joven, que preferían morir por la patria á dejarla profanar. En tales dudas, la impaciencia de Cortés, el combate de Tecocac y la noticia de que los



Cortés en Tecocac. — Lienzo de Tlaxcalla

españoles habían atacado á fuerzas de Tlaxcalla, produjeron el triunfo por el momento del partido de la guerra. Esto era lógico: dispúsose que el ejército tlaxcalteca saliese á cerrar el paso á Cortés, y á su frente marchó el valeroso Xicoténcatl. Confirma lo dicho la circunstancia de que dos de los embajadores cempoalteca se presentaron al ejército español diciendo que los habían preso para sacrificarlos; pero que se habían podido escapar y que habían oído que pensaban sacrificar á todos los blancos. Por eso ponemos este encuentro, no el día 1.º de setiembre, como el señor Orozco, sino hasta el día 2, como dice Bernal Díaz; pues tiempo se necesitó para que llegase á Tlaxcalla la noticia de lo de Tecocac, se decidiese la guerra y se dispusiese la salida del ejército.

El 31 de agosto Cortés pernoctó sobre las armas, curando á sus heridos con el unto de un indio gordo que habían matado: reorganizado el 1.º de setiembre, el 2 avanzó de madrugada en buen orden de combate. Un perro del ejército descubrió la presencia del enemigo, y Lares, que iba avanzado en su caballo magnífico, comenzó el ataque. Presentáronse poco más

adelante dos escuadrones de indios, con trajes vistosos, llenos de plumería, con sus penachos y bizarros estandartes, sonando estrepitosos caracoles y bocinas y alzando espantosa gritería. Cortés, que era el hombre de las fórmulas, mandó al escribano Diego Godoy que les hiciese el requerimiento de ley, que no entendieron, y en seguida arremetió sobre ellos. No conocía aún el capitán español aquella táctica extraña, y pronto, atraído entre las hondonadas por tlaxcalteca y otomíes que se retraían, se vió rodeado por todo el ejército contrario, en medio de cuya multitud se distinguían las divisas blancas y rojas de la capitanía del bravo mozo Xicoténcatl. El remedio de Cortés estuvo en formar un grupo compacto del cual alejaba al enemigo el alcance de los arcabuces y de la artillería. Los caballos, no pudiendo maniobrar, se replegaron también formando una muralla de hierro; y aun así un grupo de otomíes logró apoderarse de la lanza de Pedro de Morón, herirle y matarle la yegua. En esta formación y batiéndose sin cesar fué avanzando el cuerpo español hasta ganar la llanura, durando la batalla hasta que el sol se puso, y refugiándose los españoles en una altura coronada por un *teocalli* llamada Tzonpantzinco. Por más que Cortés diga que en todo ese día de combate hizo mucho daño á los enemigos y no recibió de ellos ninguno más del trabajo y cansancio de pelear y la hambre, no es de creerse, y Bernal Díaz habla de un muerto y quince heridos, sin que entren en la cuenta los cempoalteca. La verdad es que los españoles tuvieron esta batalla por victoria y que por victoria también la celebraron los tlaxcalteca poniendo á su dios *Camaaxtli* el chapeo velludo enviado por Cortés. Varía el número de indios que dieron la batalla, según los diversos relatos: Bernal Díaz pone cuarenta mil. En todas las crónicas se exagera mucho el número de los enemigos, y ya comprendemos por la organización guerrera de aquellos pueblos y por la extensión de territorio que ocupaban, cómo no podía alcanzar tan elevada cifra el ejército de Tlaxcalla. Lo mismo debemos decir del nuevo ejército de cincuenta mil hombres, que según Bernal Díaz se estaba preparando para atacar el campo español, noticia que les hizo temer la muerte y que los más confesasen sus culpas con el mercedario Olmedo y el clérigo Díaz, pasándose en esas confesiones y rezos toda la noche.

Aquí nos encontramos en los cronistas con algo inexplicable. Al día siguiente dejó Cortés en el cerro á Pedro de Alvarado, y con el grueso de las tropas cayó sobre algunos pueblecillos para proporcionarse víveres, y á más mandó á dos prisioneros principales con una carta á Tlaxcalla, asegurando que no quería hacer mal al señorío, sino pasar solamente para México. Siguiéronse varios ataques, y entre ellos uno por la noche, que, sentido á tiempo por los españoles, se convirtió en derrota para los tlaxcalteca. En el real era tanto el apuro, que muchos murmuraban y aconsejaban á Cortés volverse á

la costa. Y sin embargo, á poco se presentan los tlaxcalteca á hacer la paz, sin que se dé más razón que una nueva embajada con nuevos presentes mandada por Moteczuma á Cortés. Esto es ilógico, y en Durán encontramos un hecho que nos indica el camino de mejor explicación.

Refiere Durán que los españoles se hicieron fuertes en el cerrillo adonde se habían retirado después de la batalla y que los indios los cercaron y les daban diariamente batería, la cual duró por diez ó doce días. En efecto, Cortés en una altura y con su artillería recobraba la superioridad y hacía inexpugnable el lugar para las armas de los indios. Salidas repentinas ó nocturnas apoyadas por la caballería, ponían miedo en el enemigo y le proporcionaban víveres. Barriendo la llanura desde su real, todos los asaltos de Xicotécatl debían fracasar: el ataque nocturno había sido rechazado. La lucha era constante; Cortés estaba enfermo de calenturas. Los tlaxcalteca no estaban acostumbrados á esa resistencia; sus guerras con los pueblos comarcanos concluían pronto; la sagrada á que estaban habituados terminaba en un día. La prolongación de la lucha habría sido su triunfo; pero desesperaban al ver que no podían destruir á un puñado de hombres. Estaban, además, solos: los torpes mexica los abandonaban y mandaban embajadores á Cortés; los huexotzinca se habían retraído de pelear en un combate. Además, Cortés enviaba constantes embajadas á Tlaxcalla con protestas de amistad. Fué resultado natural que el partido de la paz se sobrepusiese: enviáronse en consecuencia órdenes á Xicotécatl para que suspendiese la guerra; al principio las resistió valeroso é indignado, pero al fin tuvo que ceder al mandato de la autoridad, y llevando sus mantas rojas y blancas, divisa de su casa, y las insignias de su mando, presentóse con cincuenta guerreros principales en el campo español para ajustar las paces. Era Xicotécatl alto de cuerpo, de grande espalda y bien hecho, de cara larga, hoyosa y robusta, hasta de treinta y cinco años y grave de su persona. Sentólo Cortés á su lado, quedando todos los demás de pie, y dándose por agraviado porque de guerra lo habían recibido, aceptó la paz.

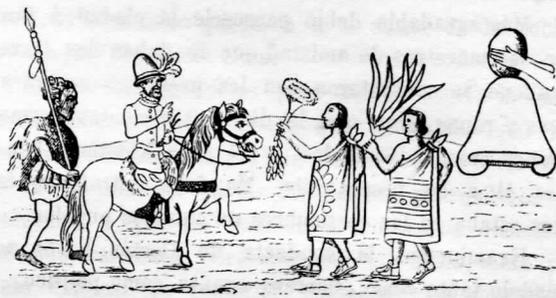
La noticia causó grande contento en Tlaxcalla; levantáronse enramadas, hizo se suntuosa danza de todos los guerreros y fiestas á los dioses con sacrificio de esclavos. Cortés había ocultado sus muertos y heridos para que los contrarios tuviesen á los españoles por inmortales, y acaso por darse tiempo de curar á los lastimados ó por no mostrar precipitación, permaneció algunos días en su campamento. Vinieron á él los cuatro señores para invitarlo á que pasase á Tlaxcalla, y contestó astuto que no lo había hecho por no tener indios que llevasen su artillería. Todo se le proporcionó, y siempre en orden de guerra, emprendió la marcha pasando por Atlahuetyán y Tizutla. En el

lienzo de Tlaxcalla, en Atlahuetyán, se ve á Cortés á caballo, á Marina á su lado, á pié, á dos señores que le presentan ramos y en el suelo varios comestibles. En otra pintura se ve igual recibimiento cuando llegaba ya á Tlaxcalla: ahí tras de Cortés va un negro con su lanza.



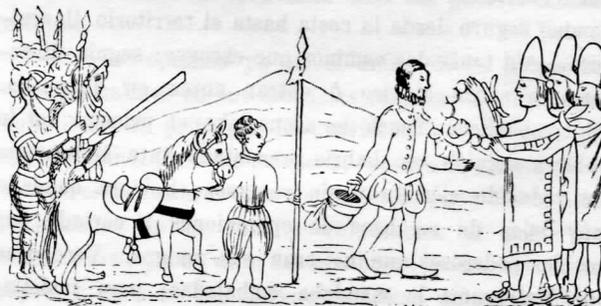
Entrada de Cortés en Atlahuetyán.—Lienzo de Tlaxcalla

Al entrar en la ciudad calles y azoteas estaban henchidas de pueblo, y los cuatro señores con sus *copilli* en la cabeza, acompañados de los principales,



Cortés llega á Tlaxcalla.—Jeroglíficos de Durán

con sus mantas de nequen con el color de su parcialidad y de los sacerdotes con sus lúgubres vestiduras y con braserillos con *copalli*, se adelantaron á recibir á



Los señores de Tlaxcalla salen á recibir á Cortés
Jeroglíficos de Durán

Cortés. Éste se apeó del caballo, y como los señores se acercaban á abrazarle, por precaución les aseguraba la muñeca derecha dejándose tomar sólo con el brazo izquierdo. Alojóse Cortés, según generalmente se dice, en el palacio de Xicotécatl, los soldados españoles en un lugar próximo y los aliados en las cuadras del

teocalli principal; los embajadores mexica se aposentaron con Cortés. La entrada en Tlaxcalla tuvo lugar el domingo 18 de setiembre. Según Andrés de Tapia, Cortés se alojó con su ejército en el *teocalli*, y por ser éste la fortaleza, lo creemos más probable. Agrega que mandó á sus soldados que no se alejasen sin su licencia y que la pedían para ir á un arroyo á un tiro de piedra de allí.

Dice Cortés de Tlaxcalla que era ciudad tan grande y de tanta admiración, que era mayor que Granada y mucho más fuerte, de muy buenos edificios y de mayor población que aquélla al tiempo que se ganó y muy abastecida de maíz, aves, caza, pescado de los ríos y otras cosas muy buenas de mantenimientos. Cuenta que al mercado principal, sin contar los menores, concurrían diariamente unas treinta mil personas, y que en él había toda suerte de víveres, vestidos y calzados, joyas de oro, plata y piedras finas, plumas hermosas, loza muy buena, leña, carbón y medicinas, barberías y baños. Refiere, en fin, que era tierra de muchos señores é innumerables vasallos con grandes y ricos campos de labranza.

Más agradable debió parecerle la ciudad á Cortés por las muestras de amistad que le daban los tlaxcalteca: no se contentaron con los presentes comunes de joyas y ropas, sino que le dieron trescientas hermosas jóvenes para sus soldados, y el viejo Xicoténcatl le dió para él á su propia hija. No debe extrañarse esto, pues estaba en las costumbres de aquellos pueblos.

Examinemos la conducta de Cortés hasta aquí, viéndolo tanto como guerrero cuanto como político. Un solo error había cometido en el principio: dar la batalla de Tabasco sin necesidad y sin objeto práctico. Pero desde que fundó la Vera Cruz su buen juicio caminó á la par de su fortuna. Su alianza con los totonaca quitó recursos á Moteczuma, le proporcionó buenos amigos por el interés de verse libres del tributo y le abrió camino seguro desde la costa hasta el territorio tlaxcalteca. Ahí tenía dos caminos que escoger: seguir directamente sobre México ó entrar antes en Tlaxcalla. El cempoalteca Teuch le aconsejaba el primero: si lo hubiera seguido, se habría presentado ante Moteczuma con reducido ejército y sin recursos; hubiera quedado muy lejos de su base de operaciones y cortado por pueblos poderosos que no eran sus amigos. Verdad es que Moteczuma le mandaba embajadas; pero insistía, como el mismo Cortés dice, en que no fuese á su tierra. Con la paz y amistad de Tlaxcalla, aunque conseguidas á costa de combates y penalidades, el cuadro cambiaba por completo, pues traía su base de operaciones al centro del territorio, apenas del otro lado de las montañas que cierran el Valle de México, y conseguía toda clase de recursos y un nuevo ejército aliado, numeroso, aguerrido y enemigo de los mexica.

A tanta habilidad había opuesto Moteczuma una

torpeza increíble. Hemos visto que era valeroso, y al saber el arribo de los españoles su fanatismo lo acobardó. Los tomó por los dioses que debían volver, y les salió al encuentro, no con ejércitos que los destruyeran, sino con embajadas y presentes que los alentaban. En vez de ir á castigar con rigor á los insurrectos totonaca, se quejaba á Cortés, y así aprendían los otros pueblos tributarios que podían insurreccionarse impunemente. Cediendo al fatalismo de sus creencias, dejó internar á los españoles, y se contentaba con rogarles que no fuesen á México. Pero el mayor de sus errores consistió en enviar á Cortés una embajada cuando lo vió en aprietos con los tlaxcalteca, y no un ejército auxiliar á éstos: si lo hubiera hecho, habrían destruído al enemigo común para después dirimir sus contiendas particulares: no haciéndolo, unía necesariamente á los españoles con los guerreros de Tlaxcalla. Este fué, en efecto, el resultado, y sin duda se lo comunicaron sus embajadores. Los tlaxcalteca daban toda clase de muestras de amistad al Conquistador. No lo podían llamar por su nombre, y le decían Malintzin por verle siempre en compañía de ésta, y en su honor desde entonces, la soberbia montaña Matlalcueye apellídase la Malinche.

Tarde pensó Moteczuma en rebelarse contra el destino: la imperfecta organización social de su imperio hizo que se viese solo; los pueblos tributarios, sin interés que á él los ligase, sacudían su yugo, felices de no contribuir ya con su sudor y con su sangre; el Anáhuac quedaba aislado, y entonces el poco antes poderoso emperador de México pidió auxilio á los cholteca.

Entre tanto Cortés en Tlaxcalla aseguraba la amistad de los indios, y arreglaba que levantasen un respetable ejército auxiliar y preparasen toda clase de bastimentos para ir sobre México. Aunque en su carta á Carlos V le dice que los tlaxcalteca querían ser vasallos del rey de España, más que de sumisión debió hablar con ellos de amistad y alianza. Con igual prudencia trató las cuestiones de religión. La predicación del Cristianismo era difícil no conociendo la lengua del país; por lo cual, valiéndose de Aguilar y Marina, se contentó con explicar á los señores sus excelencias; pero ni éstos ni el pueblo quisieron por entonces aceptar las nuevas creencias. Así es que Cortés, bien aconsejado por el padre Olmedo, Alvarado, Velázquez de Leon y Lugo, se redujo á hacer un oratorio para los españoles en el palacio de Xicoténcatl, á colocar una gran cruz en el sitio en que lo recibieron los señores y una imagen de la Virgen en un *teocalli* recién construído, donde fueron bautizadas cinco de las doncellas principales que les habían dado: la hija de Xicoténcatl se llamó doña Luisa y quedó con el Conquistador, la entregada por Maxixcátzin doña Elvira y se dió á Velázquez de Leon y las otras se dieron á otros tres

capitanes. El lienzo de Tlaxcalla tiene una pintura que representa la colocación de la cruz grande, otra con la conversación de uno de los señores y Cortés, una



Cortés coloca la gran cruz en Tlaxcalla.—Lienzo de Tlaxcalla

tercera donde se hace el presente de las doncellas y de varios objetos preciosos, y en fin, una cuarta, que es el interior del *teocalli* en que se colocó la Virgen y



Presentes hechos á Cortés. — Lienzo de Tlaxcalla

donde el clérigo Díaz está bautizando á las doncellas y á los cuatro señores, hecho falso respecto de éstos, pero que la piedad posterior de los tlaxcalteca quiso



Regalo de mujeres hecho á los españoles. — Lienzo de Tlaxcalla

referir á esa época. Cortés está sentado con un crucifijo en la mano.

Pues Cortés aparecía victorioso, natural era que no le faltasen nuevos amigos y aliados: el señorío de

Huexotzinco se le unió, é Ixtlilxóchitl, creyendo obtener de esa manera el reino de Texcoco que ambicionaba, se ponía nuevamente á su disposición. Completó en aquella sazón el asombro que inspiraban los hombres blancos, barbados y cubiertos de hierro, la ascensión que hizo al volcán de Popocatepetl, entonces en alguna actividad, el capitán Diego de Ordáz con algunos españoles é



Bautismo de tlaxcalteca. — Lienzo de Tlaxcalla

indios, si bien éstos quedaron á la mitad de la subida y sólo aquél llegó á la cima.

La marcha de Cortés para México estaba indicada por Cholóllan, ciudad fuerte que no debía dejar por enemiga á sus espaldas; y sin embargo, él mismo dice que fué á ella por instancias de los embajadores de Moteczuma y que los tlaxcalteca procuraron disuadirle recelando traiciones. Creemos que tal dicho tenía por objeto explicar su posterior conducta. La verdad es que mandó una embajada á Cholóllan con el consabido requerimiento por escrito y que muchos principales fueron á verlo y á asegurarle su amistad, con lo cual, después de haber estado en Tlaxcalla más de veinte días, hacia el 12 de octubre salió para Cholóllan con su ejército reforzado con unos seis mil guerreros tlaxcalteca.

Habíase operado ya en el ánimo de los indios una reacción natural en sus creencias respecto de los españoles. Si al principio los tuvieron por dioses, por *teules*, como dicen las crónicas, pronto se convencieron de que eran hombres mortales sujetos, como todos, á las necesidades de la vida y vulnerables al golpe del *macuáhuil*; ya no eran los arcabuces y las lombardas rayos y truenos del cielo, sino armas nuevas y mortíferas, *tepuztli*, como les llamaban; ya no creían que caballo y caballero eran un monstruo de una sola pieza, ni llevaban pavos á las cabalgaduras para que como sus amos se alimentasen, y no teniendo en su lengua nombre para designarlos les decían *mázatl*, venados, con lo cual daban bien á entender que habían conocido su naturaleza. Cortés, en fin, ya no era *Quetzalcoatl*, sino, por el contrario, un extraño que venía á derrocar á los dioses, incluso el mismo *Quetzalcoatl*, para susti-

tuirlos por otros extraños: Los hombres blancos y barbados no eran más que una raza enemiga, que llegaba á apoderarse de sus bienes, de sus casas, de sus campos, de su patria.

En Cholóllan, más que en otra parte, debieron despertarse estos sentimientos, porque era la ciudad teocrática por excelencia. Ya hemos dicho que su gobierno era teocrático: la autoridad estaba en manos de los sacerdotes, quienes todo lo decidían. El sacerdocio tenía á su vez dos jefes: el *Tlaquiach* ó sumo sacerdote y el *Tlachiach* ó señor del pueblo. El ejército tenía jefe especial, sacerdote y guerrero á la vez. El gobierno civil se ejercía por un consejo de seis miembros, guerreros ó sacerdotes, ó más bien sacerdotes y guerreros á un tiempo. Cholóllan no podía llamarse una potencia guerrera: á pesar de que Cortés exagera su extensión, era sólo una ciudad con treinta mil habitantes, si bien ocupaban mucho lugar su gran *teocalli* y los menores que eran tantos, que Cortés asegura á Carlos V que contó más de cuatrocientos. Pueblo dado á la labranza, cultivaba con esmero la tierra, y eran, además, los chololteca grandes mercaderes, buenos hilanderos y tejedores, plateros y fabricantes de loza de la mejor calidad. En el vestir y en sus habitaciones sobrepujaban á los tlaxcalteca. Se les tenía por desleales y tornadizos, defectos propios de las teocracias. Siglos había existido la ciudad sagrada, debido á su carácter religioso, más bien que á la guerra florida en que tomaba poca parte. Los fanáticos mexica siempre la habían protegido y apoyado. Natural era que aquel sacerdocio deseara la destrucción de los españoles, y que no teniendo fuerza material que oponerles recurriese á la astucia y se ligase con Moteczuma en causa común.

Como esto es lógico, entre las dos encontradas opiniones de los que afirman que había intento en acabar con los españoles y que al efecto se había acercado un ejército mexica emboscándose en los alrededores de la ciudad, y de los que lo niegan suponiendo que fué un pretexto de Cortés para imponerse y aterrizar á los indios, aceptamos la primera versión.

Cierto es que fué recibido el ejército español con muestras de entusiasmo y gran cantidad de pueblo salió á su encuentro con los sacerdotes; pero el camino real estaba cerrado y abierto otro con hoyos y trampas, algunas calles se veían tapiadas, y había muchas piedras arrojadas en las azoteas. Nueva embajada de Moteczuma llegó á Cholóllan diciendo que sólo iba á informarse de la anterior, é inmediatamente se volvió á México llevándose al principal de los embajadores antiguos. Cortés había sido aposentado en amplias cuadras con sus soldados y con los guerreros cempoalteca y de Iztacmaxtitlán, pero no se había dejado entrar á los tlaxcalteca que acamparon fuera de la ciudad. Ni sacerdotes ni principales iban al alojamiento

de los españoles, y cada día llevaban los indios menos provisiones. Llamados los principales sacerdotes y señores, fueron con dificultad. Si la mala voluntad de los chololteca y los temores inspirados á Cortés eran calumnia, todos estos hechos parecían confirmarla.

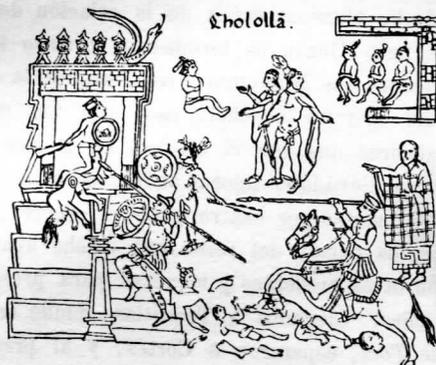
A los tres días de estar en la ciudad, los cempoalteca avisaron á Cortés que en las calles se hacían trampas y reparos; llegaron después los tlaxcalteca á decirle que se habían hecho sacrificios al dios de la guerra, y en fin, un sacerdote traidor le denunció el intento de matar á los blancos y cómo cerca estaba apercibido un ejército de Moteczuma.

Hay otra versión que dice que una vieja se lo contó á Marina para salvarla, aconsejándole que se alejase de los españoles porque iban á acabar con ellos. Esta versión es inverosímil. ¿Qué interés podía tener esa vieja por una india que no era de su raza y venía con los enemigos para descubrirle así los secretos? No falta quien por esto culpe y mucho á Marina. Ya dijimos que se ha equivocado su papel en la Conquista: no tuvo ninguna influencia en ella; fué sólo un intérprete. Niña vendida por su propia madre, esclava en el nuevo país donde la llevaron, regalada allí á los conquistadores y dada como un mueble de lujo á Portocarrero, no podía tener afecciones por nada ni por nadie: creemos que entonces ni manceba era aún de Cortés, pues se refiere que tuvo una hija de Aguilar con quien de continuo andaba. Verdad es que algunos lo niegan porque Aguilar era diácono; pero en el precioso manuscrito de Dorantes, en el cual como testigo ocular trata de los hijos de los conquistadores, expresamente habla de la descendencia de aquél. Marina estaba considerada porque era útil; más tarde porque fué madre de un hijo de Cortés; pero su papel histórico no pasó del de simple intérprete.

Si los hechos eran ciertos, el caso podía ser grave: Cortés reunió consejo de capitanes, y en él se decidió tomar la ofensiva y sorprender á los chololteca á la alborada. Se dió orden á los tlaxcalteca de que al primer arcabuzazo cargasen sobre la ciudad; se pertrichó la artillería y se vigiló toda la noche el alojamiento. Por la común versión debía llegar á la mañana gran cantidad de chololteca para acompañar á Cortés y llevar sus cargas, y una vez entrados en el patio tomaron los españoles las puertas y cargaron sobre ellos matándolos: los tlaxcalteca, al oír el arcabuzazo, penetraron en la ciudad, dando muerte á todo el que encontraban, saqueando y quemando. En dos horas, según el dicho de Cortés, habían dado muerte á tres mil chololteca.

Nuestra opinión particular es contraria á lo que refieren las crónicas, puesto que otras callan: para nosotros, tomada la resolución de atacar, salieron al alba los españoles de su cuartel y penetraron los tlax-

calteca en la ciudad, destruyendo unos y otros cuanto á su paso encontraban. La ciudad estaba en esos momentos tranquila y sin aprestos de guerra, y fué sorprendida por la invasión de los enemigos. El ejército de Moteczuma no estaba á punto de penetrar. Apenas los más audaces y los sacerdotes se subieron á los templos y al gran *teocalli*; pero fueron asaltados y en ellos perecieron combatiendo. Llegó nuevo ejército de Tlaxcalla con el bravo Xicoténcatl, y dos días duró la matanza y dos días ardió la ciudad sagrada. Gran



Matanza de Cholula. — Lienzo de Tlaxcalla

parte de la población huyó á los campos, y quedaron muertos más de seis mil chololteca. Al fin presentáronse los sacerdotes á pedir misericordia; Cortés mandó cesar la matanza y que volviesen los habitantes á Cholollán. Inculpó á los embajadores de Moteczuma, quejándose de la participación que á su amo se atribuía y encargándoles le dijese que pronto pasaría á México. El señor Orozco dice que la matanza de Cholollán fué más inhumanidad que valentía.

Partió uno solo de los embajadores, y á los seis días volvió en compañía del principal: Moteczuma negaba su complicidad en los intentos de los chololteca é insistía en que Cortés no fuese á México. Nueva embajada con ricos presentes de oro y nueva insistencia no mudaron el ánimo del capitán español. Tres embajadores partieron á avisarlo á Moteczuma, y tres se quedaron para servir de guías. Buena parte de los cempoalteca se volvió de ahí á sus ciudades con cartas para Escalante, en las cuales los recomendaba y á más le encargaba mucho reforzase la villa y conservase la paz con los totonaca. Otros mil tlaxcalteca se agregaron á Cortés para llevar la artillería y el fardaje, y el 1.º de noviembre salió con su ejército para México.

Pernotó en Cálpan, y siguió el camino entre el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, por donde acostumbraban los *pochteca* volver á México con sus mercaderías y por donde los mexica iban á los campos de Atlixco cuando hacían la guerra sagrada por ése rumbo. El ejército encumbró la serranía é hizo alto en una mesa llamada el patio, donde había espaciosos edificios destinados al descanso de los mercaderes. Presentóse ahí

nueva embajada, pretendiendo siempre que no siguiesen adelante los españoles y que Moteczuma daría lo que quisiesen y mandaría cada año cuanto se le pidiera hasta el mar ó lugar que se le señalase. Dió Cortés á los embajadores cuentas de vidrio, y contestó que por mandato de su rey debía ir á México, y que si después de verle Moteczuma no le quería tener en su compañía se volvería. Cuenta la crónica que en la embajada se presentó como Moteczuma un mexica muy parecido á él, astucia del rey de México para ver si Cortés tenía intención de matarlo; pero que éste descubrió el engaño y lo reprendió duramente. Esto no pasa de una fábula. Cortés, cuidadoso, vigiló toda la noche el campo, y si cuando hacía la ronda no grita á tiempo:— ¡Ah de la vela! le da muerte Martín López, que ya le había encarado su ballesta.

El 3 de noviembre llegó el ejército á Amaquemécan, y el señor del lugar hizo gran presente á Cortés de oro, joyas y plumajes. Él y los señores de Tlamanalco y Chalco tuvieron ocasión de quejarse de los agravios de Moteczuma: Cortés les ofreció su protección, con lo cual se hizo de amigos á las mismas puertas de México. También ahí recibió á algunos principales mexica enviados para complimentarle y proveerle de cuanto hubiese menester.

El 6 de noviembre salió el ejército de Amaquemécan, pasó por Tlamanalco y rindió la jornada en Ayotzinco, inmediato á Chalco. Al día siguiente al ponerse en camino, llegó Cacama en unas andas en



Paso de Cortés por Chalco. — Lienzo de Tlaxcalla

hombros de la nobleza, y dijo á Cortés, de parte de Moteczuma, que lo esperaba en México; pero que le aconsejaba no fuese, porque la ciudad era pobre y pasaría muchos trabajos y dificultades. Cortés insistió, y casi tras los embajadores salió el ejército; siguió por el dique, dejando á un lado Mizquic; llegaron los españoles á Cuitlahuac, que les pareció muy hermosa ciudad, continuaron por la orilla del lago de Texcoco hasta Itzpalápan, y ahí fueron recibidos y aposentados por Cuitlahuac. Mucho elogian Cortés y Bernal Díaz los edificios y jardines de esa ciudad.

Al día siguiente, martes, 8 de noviembre, debía entrar en México el ejército español. Cortés fija la fecha: uno de nuestros manuscritos mexica dice que fué diez días antes de la fiesta *Quecholli*, y entonces habría sido el 6 de noviembre. Si Cortés en su relato no cuenta el mismo día de la entrada, según parece, y si en el manuscrito entra el día de la fiesta en los diez referidos, quedarían de acuerdo en el día 7, y resultaría el 5 para la salida de Amaquemécan y el 6 para la entrada en Itztapalápan. Así nos decidimos por el lunes 7 de noviembre. Cortés está ya á las puertas de la ciudad de México.

Acaso espantado por la matanza de Cholóllan, en vez de rabia en el corazón, sintió Moteczuma la más triste de las cobardías, entregar á su patria, y consintió al fin en recibir á Cortés. Tenía en medio de la laguna una ciudad fuerte, la más fuerte del territorio según Bernal Díaz; un ejército aguerrido de mexica, que cuando no podían vencer sabían morir, contaba aún con todo el Anáhuac, y en él con abundantes recursos; y sin embargo, sólo le ocurrió oponerse á los españoles con embajadas, presentes y engaños pueriles, con sortilegios y actos supersticiosos y con intentar la sorpresa de Cholóllan, sin ponerse valeroso al frente de sus guerreros, y concluyó por abrir inermes á los extraños la nunca profanada ciudad de Tenoch.

Acercábase el ejército admirando valle y cielo, hombres y ciudades; los habitantes del Anáhuac llenaban los caminos para ver á esos guerreros extraños que del mar habían salido: al ponerse en presencia se asombraban una de otra las civilizaciones del Antiguo y Nuevo Mundo, como elocuentemente dice el señor Orozco. Componíase el ejército de cuatrocientos españoles y siete mil aliados. Los mexica se quejaron á Cortés de que quisiese meter en su ciudad á número tan considerable de sus enemigos más encarnizados; pero él les contestó que no los llevaba como guerreros, sino como *tlamame* para conducir la artillería y el bagaje. A fuer de imparciales debemos decir que Sahagún refiere que ni por los caminos parecía persona, como protesta muda contra la invasión. Según Durán, venía Cortés acompañado de grandes señores mexica, tlaxcalteca, xochimilca, tepaneca y chalca, con otra mucha gente de principales y del pueblo, que iba por gozar del recibimiento. Era ciertamente una entrada triunfal, y sin embargo, Cortés, siempre precavido, salió de Itztapalápan con su ejército en orden de guerra: la caballería en la descubierta, las capitánías de arcabuceros y ballesteros á la vanguardia, el bagaje en el centro custodiado por aliados, y después los soldados de rodela y espada con la artillería, cubriendo el resto de aliados la retaguardia: llevaban las banderas desplegadas, y marchaban tocando los atambores con gran sorna y aparato para poner miedo á todos los que lo veían.

Atravesó el ejército la calzada de Itztapalápan, larga de dos leguas, por cuyos lados caminaban contemplándolo millares de indios en multitud de canoas que surcaban el lago. La calzada de Itztapalápan, á más del ramal, digámoslo así, que la unía al fuerte de Xóloc, se comunicaba con la de Coyoacán por un dique más al sur, en el lugar donde se levantaba el *Cihuateocalli* ó templo de la diosa *Toci*. Por ese dique vino el ejército, y en ese templo se encontraron Cortés y Moteczuma. Generalmente se dice que el encuentro tuvo lugar en la calle que queda frente á la iglesia de Jesús: pudo venir el error de los términos vagos de la relación del Conquistador; pero Durán es terminante y claro en este punto. Refiere que Moteczuma, como supiese la aproximación del ejército español, salió con los reyes y grandes señores que con él estaban en México, entre ellos Cacama, llevado en lujosas andas, cubiertas de ricas y preciadas mantas por cuatro grandes señores, acompañándole los demás del reino con mucho aparato de rosas, con otros presentes y riquezas para presentar á los españoles. Llegados á Tocititlán, donde estaba el templo de *Toci*, esperaron á Cortés, y al presentarse éste, Moteczuma bajó de las andas y se adelantó á su encuentro, cubriéndolo los cuatro señores con un palio riquísimo á maravilla y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras *chalchihuitl* que colgaban de unas como bordaduras, según refiere Bernal Díaz. Al mirar á Moteczuma, á su vez Cortés se apeó del caballo, y cuenta él



Entrevista de Cortés y Moteczuma. — Lienzo de Tlaxcalla.

mismo que queriendo abrazarlo se lo impidieron los otros señores, pues lo tenían por divinidad á la cual nadie podía tocar. Contentóse entonces con ponerle al cuello un gran collar de piedras de vidrio margajitas. Moteczuma le mandó dar dos de caracoles rojos con ocho camarones de oro cada uno largos como un jeme, y le puso en la mano un galano y curioso plumaje labrado á manera de rosa. Confirman el lugar del encuentro Bernal Díaz y Sahagún. Durán añade, que en el templo de *Toci* tuvieron su primera conversación Moteczuma y Cortés, y que allí los reyes de Texcoco y Tlacópan y los demás grandes señores le ofrecieron collares y rosas: lo mismo aparece en las pinturas del lienzo de Tlaxcalla; pero el Conquistador dice que

hablaron después en el alojamiento, y que entró en la ciudad apoyado en el brazo de uno de los hermanos del rey, y éste también apoyado en otro y yendo poco más adelante. Penetraron en la ciudad, con bailes, danzas y otros muchos regocijos que delante de ellos iban, y salieron á su encuentro los sacerdotes con incensarios, bocinas y caracoles, todos embijados y con sus trajes de ceremonia, y los guerreros *cuauhtli* y *océlotl* con sus extrañas armaduras y sus *macuáhuil* y *chimalli*.

Siguió la comitiva por las calles rectas de la calzada de Itztapalápan, y tomando á un lado del

recinto del *teocalli*, entró el ejército á alojarse en el palacio de Axayácatl, escogiendo Moteczuma para su propia habitación el de su antepasado del mismo nombre; de manera que solamente quedaban separados Cortés y él por la calle que hoy es de Tacuba. Alojados ya españoles y aliados volvió Moteczuma, y llevando á Cortés á sentarse en el estrado del gran salón del palacio, colocóse á su lado y le dijo, que por las profecías de su religión sabía cómo habían de venir hombres del oriente súbditos de *Quetzalcoatl*, y que él, cediendo á la voluntad de los dioses, se le sometía, y al rey de



Retrato atribuido á Moteczuma

España su señor, según dice el mismo Cortés. Era la última protesta de Moteczuma contra su suerte y la completa sumisión á sus supersticiones y al fatalismo de sus creencias. El pueblo valeroso veía á su rey como una divinidad, y calló ante su voluntad débil y enfermiza; pues se nos antoja que el cerebro de Moteczuma, trabajado por su fanatismo, no estaba sano del todo. Cortés tomó grandes precauciones en su alojamiento, repartió convenientemente las tropas por el edificio, y abocó la artillería en las puertas de entrada: con la cual hizo salva en la noche para aterrar á los mexica, quienes quedaron asombrados con el estruendo, el fuego y el olor de la pólvora.

Pagó Cortés la visita acompañado de sus capitanes, y si bien inició la cuestión religiosa fué sin resultado; recibiendo él y los suyos, al despedirse, buenos presentes de oro, joyas y ropa fina. Era Moteczuma, según Bernal Díaz, de edad hasta de cuarenta años, y de buena estatura y bien proporcionado, enceño y de pocas carnes, de color no muy moreno, con los cabellos largos hasta cubrirle las orejas, con pocas barbas, negras y bien puestas, rostro algo largo y afable, y en el mirar mostraba dulzura y gravedad. Era muy limpio y diariamente se bañaba. Agregaremos que, según nuestra cuenta, tenía entonces Moteczuma cuarenta y cuatro años.

Por más que cronistas, historiadores y el mismo

Conquistador, nos hablen de la sumisión de Moteczuma, es lo cierto que Cortés vivía en constante cuidado, que no le faltaban noticias alarmantes, y que aun para visitar la ciudad le fué preciso pedir licencia al rey y salir en cierto orden de guerra. Mucho le interesaba conocer la localidad: iba Cortés á caballo con todos sus jinetes y la mayor parte de sus peones; visitó el mercado de Tlatelolco y en seguida el *teocalli* inmediato, donde salió á recibirlo Moteczuma diciéndole que estaría cansado de la subida; pero él le contestó arrogante que los españoles nunca se cansaban. Se cuenta que ahí quiso Cortés tratar nuevamente la cuestión religiosa; pero que Moteczuma no le consintió el desacato de hablar mal de sus dioses. Tuvo que contentarse el capitán español con pedir licencia al monarca *mexicatl* para hacer un altar en una sala del alojamiento; y ahí se dijo misa á los españoles hasta que se acabó el vino. Parece ser que al construir ese altar se descubrió una puerta tapiada y que por ella dieron con el tesoro de Axayácatl, y que era tan abundante de piezas de oro, que Bernal Díaz dice que no había visto en su vida riquezas como aquellas.

Mas con tal situación Cortés nada adelantaba. Un nuevo suceso podía darle pretexto para encontrar una solución. Cuauhopoca, señor de Náuhltan y tributario de Moteczuma, había penetrado en guerra por el Totonaacán, y Escalante se vió obligado á salir de la Villa Rica con algunos soldados españoles para atacarlo; en la refriega salió herido y de resultas de las heridas murió. Aun cuando Cortés había recibido la noticia antes de entrar en México, entonces era la sazón de aprovecharla. Llevaba ya seis días en la ciudad, y reunió en consejo á los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Velázquez de Leon y Diego de Ordáz, y á doce soldados distinguidos y de confianza, entre ellos Bernal Díaz. La situación de los españoles se hacía difícil: se habían metido en una isla cuyas calzadas se podían cortar fácilmente; en ella no tenían más víveres que los que les daban los mismos mexica, y Durán habla de que escaseaban y fué preciso quejarse á Moteczuma; en un momento dado acolhua, tepaneca, y todos los guerreros del Valle que reconocían aún el dominio de la liga del Anáhuac, podían auxiliar á los mexica y caer sobre el reducido ejército de Cortés. Las alianzas de éste eran inútiles para ese caso; los tlaxcalteca podían ser detenidos fácilmente en su camino, los señores de Chalco y Tlalmanalco habían reducido su adhesión á quejarse de la tiranía de Moteczuma, y el mismo Ixtlilxóchitl, mancebo inexperto de diez y nueve años, no podía por entonces ofrecer más que su inútil traición. Hacer una matanza como la de Cholóllan era punto menos que imposible: los chololteca no eran guerreros y ahí el auxilio de Tlaxcalla estaba á corta distancia. Sólo un medio de salvación se encontró, prender á Moteczuma. Para esto había ciertas facili-

dades: la entrada en su palacio no tenía inconveniente, pues confiaba incauto en las repetidas protestas de amistad de Cortés; solamente lo ancho de una calle separaba ese palacio del que servía de cuartel á los españoles, circunstancia favorable para un golpe de mano; la guardia mexica, aun cuando fuese de seiscientos hombres, no era obstáculo serio, pues podía ser arrollada en un momento por el ejército muy superior que estaba á un paso. Decidióse, pues, la prisión del monarca de México de una manera ó de otra ó morir todos sobre ello. Pero Cortés era amigo de las fórmulas, y gustaba de justificar sus injusticias, y aconsejó la astucia aunque en ella hubiesen sorpresa y engaño.

Procedióse desde luego á poner el ejército sobre las armas, listos los caballos y á punto la artillería. Mandó Cortés pedir audiencia á Moteczuma, y se dirigió á su palacio con los capitanes Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de Leon, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Ávila y Francisco de Lugo, todos armados de punta en blanco. En las encrucijadas de las calles se apostaron con disimulo pelotones de peones; y entraron en el palacio como paseantes curiosos, soldados de espada que se fueron colocando de dos en dos y tres en tres en las puertas, patios y pasillos que conducían á las habitaciones de Moteczuma. Hacerlo era sencillo, pues los españoles entraban libremente en el palacio: el Conquistador Anónimo da cuenta de haber entrado varias veces por visitarlo.

Introducido Cortés con sus capitanes y sus intérpretes, lo recibió Moteczuma en el salón de audiencias solo como siempre, pues nadie sospechaba los intentos de aquél. Empezó Cortés por quejarse de la conducta de Cuauhopoca y culpar á Moteczuma; pero éste protestó que era extraño á los sucesos de Náuhltan, y para mayor satisfacción llamó á ciertos grandes de su servidumbre, y dándoles el sello con la imagen de *Huitzilopochtli*, que tenía atado en su brazo, les mandó ir á traer, en donde quiera que estuviese, á Cuauhopoca para castigarlo. No era eso bastante para el intento de Cortés; así le dijo á Moteczuma que creía preciso, mientras se aclarase la verdad y fuesen castigados los culpables, que le acompañase al alojamiento de los españoles. El rey respondió indignado, que no era persona la suya para estar presa, ni los suyos lo consentirían. Dijo Cortés que no iba preso, sino con toda su libertad y sin que se le pusiera impedimento en su mando y señorío. Velázquez de Leon, impaciente, propuso dar de estocadas de una vez á Moteczuma, si se resistía más. Marina le hizo saber esta resolución. Moteczuma estaba solo en medio de los decididos capitanes, sus guardias mismas no podían defenderlo de la irrupción del ejército español que cercano estaba; se le ofrecía, además, respetar su mando y señorío, lo cual era su preocupación constante; pensó

en su propia vida antes que en la patria, y consintió. Mandó traer sus andas, y los nobles lo condujeron silenciosos al cuartel español: á su lado marchaban los capitanes españoles. Cundió rápida la noticia por la ciudad, era la mitad de la tarde y el pueblo comenzó á alborotarse. Moteczuma mandó que se sosegase.

Pusieron á Moteczuma en un departamento inmediato al de Cortés, adornándolo con el lujo que tenía en su palacio: trasladáronse con él sus mujeres é hijos y los grandes de su servidumbre; siguió recibiendo embajadas y despachando los negocios de su reino; y el infeliz se creía todavía emperador de México. Parece que los mexica hicieron algunas intenciones para salvarlo; pero Andrés de Monjaráz velaba delante del palacio con sesenta peones, y con otros tantos por la espalda Rodrigo Alvarez Chico. Los mexica seguían con sus costumbres, y debemos suponer que con todas las ceremonias de su culto, pues el Conquistador Anónimo habla de haber visto el sacrificio gladiatorio.

A principios de diciembre los enviados de Moteczuma trajeron á Cuauhpopoca, á su hijo y á otros quince guerreros principales. El cumplimiento de la palabra real parecióle nueva sumisión á Cortés, y alentado, mandó quemar á los presos frente al *teocalli*; y haciendo culpable á Moteczuma de los hechos de Cuauhpopoca, no obstante que éste negó toda participación del rey de México, mandó ponerle grillos. Moteczuma lloraba y con él los más grandes de su reino, quienes metían por los anillos mantas delgadas porque no lastimasen á su señor. Después de la espantosa ejecución de Cuauhpopoca, Cortés en persona quitó los grillos á Moteczuma llamándole su hermano, sin que creamos por inverosímiles otros detalles.

Cuidó Cortés de nombrar por la muerte de Escalante, capitán de la Villa Rica, y designó para tal puesto á Alonso de Grado; mas como fuese mala su conducta, lo sustituyó por Gonzalo de Sandoval, quien remitió preso á su antecesor, y cumpliendo otras instrucciones, envió algunos útiles que se destinaban para hacer dos bergantines y enseñorearse del lago.

No estando á punto de mayores audacias, le preocupaba á Cortés recoger la mayor cantidad de oro. Refiere él mismo que rogó á Moteczuma le indicase las minas de dónde se sacaba. Un suceso acaecido hacia fines de diciembre había excitado más su codicia. Quisieron algunos españoles visitar la ciudad de Texcoco y Cacama, por más honrarlos, dispuso que los acompañasen los dos príncipes acolhua Netzahualquéntzin y Tetlahuehuezquititzin. Llegaban al embarcadero cuando un enviado de Moteczuma los alcanzó para recomendar al primero que tratasen bien á los españoles y les diesen oro, pues acaso así contento Cortés devolvería la libertad al rey de México. El soldado que iba por capitán de los peones, como no entendió lo que hablaban, tomólo por traición, y sin averiguar más dió de

palos á Netzahualquéntzin y lo envió á Cortés. Este, que buscaba todas las ocasiones de imponerse, lo hizo ahorcar desde luego. Admira que Cacama sufriese esa muerte y enviara á su otro hermano Tecpacxochitzin á acompañar á los veinte españoles. Estos, comprendiendo que ya podían hacer cuanto quisiesen, visitaron toda la ciudad de Texcoco, recogieron el tesoro de Netzahualcóyotl, llenaron de oro una caja de dos brazas de largo, una de ancho y un estado de alto, y no contentos aún, mandaron á los señores acolhua les llevasen más oro, con lo cual volvieron bien cargados á México.

Despachó entonces Cortés varios comisionados á las regiones auríferas, acompañados de mexica que le proporcionó Moteczuma. Gonzalo de Umbria fué á Zozolla y Tamazolápan, donde vió sacar granos de oro de tres diferentes ríos. Pizarro fué á Chinantla y trajo buenas muestras del oro de sus ríos. Mandóse otra comisión á explorar los dos de Tochtepéc, y á ruego de Cortés, mandó Moteczuma construir allí cuatro buenas casas y un estanque, con cría de patos y aves de corral, y grandes siembras para que sirviesen de estancia á los españoles.

Cuidaba entre tanto Cortés de construir y armar dos bergantines para enseñorearse de las aguas del lago, como se ha dicho, y tener con ellos fácil salida de la isla en caso necesario. Como trataba aún de hacer creer á los mexica que Moteczuma no estaba preso, sino sólo en su compañía por orden de *Huitzilopochtli*, le había permitido á veces salir de paseo y aun ir al *teocalli*, siempre acompañado de peones seguros y escogidos capitanes españoles, quienes aparentaban ser guardias de honor, y en realidad eran custodios del prisionero: así es que aprovechó el estreno de los bergantines para llevarlo de caza por el lago al peñón de Tepepolco, donde tenía una estancia en la cual no podían penetrar ni los más grandes mexica. El asombro de ver la velocidad con que cruzaban el lago los bergantines, como volando con las alas de sus velas; el sentirse por algunos momentos libre, y oír á su vuelta que le recibían con salvas de artillería que para sí tomó, todo esto hizo creer al mismo Moteczuma que todavía era rey. Hizo con tal motivo grandes regalos á los españoles, pues era por naturaleza dadivoso, y ya los obsequiaba con trajes ricos, con joyas, con armas ó con doncellas.

Cortés, entre tanto, procuraba ganar terreno por todas partes, y auxiliado por el mismo Moteczuma, arregló dos expediciones, una á Coatzacoalco y otra al Pánuco: la primera le proporcionó la alianza de Tochintecuhli, señor de esa región, y que se levantara una fortaleza que debía ir á guarnecer Velázquez de Leon con ciento cincuenta españoles; y la segunda la amistad del señor del Huastecápan, y que le diese noticia de las nuevas naves de Francisco Garay, quien, como ya hemos visto, andaba en descubrimientos por el Pánuco.

Creyó Cortés llegado el momento de dar un paso más en el dominio del Anáhuac, prendiendo á Cacama, rey de Texcoco, y á Totoquihuáztin, rey de Tlacópan. Los relatos sobre este suceso son completamente inverosímiles, y pugnan abiertamente con la organización y costumbres de aquellos pueblos. Parece lo cierto, que considerando arriesgado emplear la fuerza para esas prisiones, se recurrió al engaño y á la traición. Varias veces se había ofrecido Ixtlilxóchitl, y con él existían otros muchos descontentos en Texcoco. Se decidió aprovechar la estancia del rey en su palacio de Tepetzinco,

pues quedaba á la orilla del lago y tenía un canal que penetraba debajo de las habitaciones: reunidos los conjurados se apoderaron del rey acolhua y de cinco de sus grandes, y metiéndolos en una canoa con toldo, á fuerza de remos, llegaron pronto á México, y los pusieron *en la cadena grande*, lo mismo que á Totoquihuáztin, preso á pocos días por medios semejantes. Por gobernante se puso en Texcoco á Cuicuitzcáztin, mas no como rey, pues Cacama vivía, y por eso no está en el mapa Tlótzin. Cortés mandó prender, además, á otros muchos principales de México y de los señoríos



Gonzalo de Sandoval

del Valle, entre ellos al *Cihuacoatl* Tlacaueel Xocoyóztin.

Cortés coloca en estas circunstancias la sumisión de Moteczuma, cuando ya lo había hecho en su primera entrevista, y trata del rico tesoro que se reunió para el rey de España, yendo á los pueblos tributarios los *calpixque* de México en unión de soldados españoles. Que Moteczuma por recobrar su libertad diese todas las riquezas que en su mano estuviera dar, es seguro; pero que renunciase á su dignidad real, entregándose por vasallo de otro rey, era imposible.

Pero el tesorero se recogió, y se agregó á las muchas dádivas de Moteczuma, al descubierto en el

palacio de Axayácatl y al de Netzahualcóyotl traído de Texcoco. Saqueáronse, además, los palacios, y Cortés mandó á Pedro de Alvarado que fuese á Texcoco á pedir oro nuevamente y hacer la colecta para el rey de Castilla. Cuicuitzcáztin le entregó oro por valor de nueve á diez mil castellanos, y como no pudiese darle más, Alvarado lo ató á un palo de piés y manos y le quemó la barriga con brea derretida. Consta el hecho en el Proceso de Alvarado, de la declaración de Bernardino Vázquez de Tapia, que con Rodrigo Rangel llegó en esos momentos en un bergantín, con orden de Cortés para llevar el oro recogido en Texcoco.

Los plateros de Atzacapuzalco fundieron todo el

oro recogido, formando unas barras de tres dedos de ancho; se sacó el quinto del rey, y se sellaron con las armas reales. Del resto, dice el señor Orozco, que hizo Cortés el reparto del leon. Se sacó el otro quinto ofrecido á Cortés; luego los gastos que hizo en Cuba para proveer la armada, provisiones que había regalado á la Villa Rica; en seguida el precio de las naves de Diego Velázquez echadas al través; el gasto de los procuradores enviados á España; lo que correspondía á los soldados de guarnición en la Villa Rica; el valor del caballo que se murió á Cortés y de la yegua que mataron á Sedeño; dobles partes para Olmedo, Díaz, los capitanes, los caballeros, ballesteros y arcabuceros, «e otras socaliñas,» como dice Bernal Díaz. A cada soldado tocaron nada más cien pesos de oro; y aunque con dádivas ó promesas se calmaron las murmuraciones y las quejas, siempre se decía en el ejército y Bernal Díaz lo escribe, que «uno en papo y otro en saco e otro so el sobaco, y allá vá todo donde quiere Cortés y estos nuestros capitanes, que hasta el bastimento todo lo llevan.» El señor Orozco admite tres millones y medio de nuestros pesos por valor de los metales fundidos y quintados del tesoro que había reunido Cortés: su total lo calcula Robertson en once millones y medio, y Prescott en más de seis millones. Todavía Velázquez de Leon, quien no había salido aún para Coatzacoalco, acusado de ocultar barras para que no se sacase el quinto real, fué desterrado á Cholóllan para pedir oro, y volvió sin pena y con buena cantidad, pues Cortés, so color de hacer justicia, era con grandes mañas, como á este propósito dice Bernal Díaz.

Algo debemos hablar de la familia de Moteczuma, pues con él vivía, sin que se entendiese el monarca en su trato familiar más que algunas veces con Marina, y con el paje Orteguilla, quien, muy listo, había aprendido bastante el nahoa ó mexicano y servía de espía á Cortés. Este vivía buenamente con dos hijas de Moteczuma, que bautizadas habían tomado los nombres de doña Ana y doña Inés, y con una hermana de Cacama, llamada ya doña Francisca. La mujer escogida por Moteczuma para reina era Teotlachco, hija del rey de Tlacópan, en la cual había tenido una hija llamada Teucichpoch, nacida en julio de 1510, y que por lo mismo iba pronto á tener diez años de edad, pues los sucesos nos han traído hasta abril de 1520. Hemos hablado ya de otras dos hijas del monarca de distinta madre; podemos agregar un hijo, que después se llamó don Pedro, y otro muerto en la Noche Triste. A nuestro intento basta saber que la heredera real de Moteczuma era Teucichpoch.

Creyó sin duda Cortés de sazón las circunstancias para hacer otra manifestación de su poder, derrocando los ídolos y sustituyéndolos por la cruz cristiana. Aunque desacordes entre sí las relaciones, sacamos en limpio que entró como por paseo en el recinto sagrado

con algunos españoles, y guardándose de tocar el *teocalli* de *Huitzilopochtli*, subió á otro, que creemos era el *Tuilan*, donde encontró muchos ídolos, y dando sobre ellos con una barra de hierro comenzó á destruirlos, arrancando á uno una máscara de oro que tenía, y diciendo: «á algo nos hemos de poner por Dios.» Llegó rápida la noticia á Moteczuma, y mandó pedir á Cortés licencia para ir donde estaba; y llegado con buen recaudo de gente, convino en que en aquel templo pusiese Cortés una Virgen y un retablo de san Cristóbal, pero que le entregasen sus dioses. Transigía el emperador de México, mas no cedía en sus ideas religiosas.

Fuera verdad que este hecho comenzaba á sublevar el ánimo de los mexica, ó pretexto empleado por Moteczuma, éste aconsejaba á Cortés que saliese de la ciudad con su ejército para evitar el peligro. Cortés le contestó que había destruido sus naves, y sacó el provecho de que le diese obreros que marcharon á la costa á construir tres navíos dirigidos por los carpinteros de ribera Martín López y Andrés Núñez. Ocho días llevarían de salidos los carpinteros; Velázquez de Leon había marchado con sus soldados para Coatzacoalco; Rangel con una partida para Chinantla, y otros españoles andaban en la recolección de tributos, lo cual tenía muy mermado y lleno de zozobra al ejército, cuando Moteczuma participó á Cortés la noticia de que habían arribado á la costa varios navíos con españoles. La primera impresión en el cuartel fué de alegría, creyéndolos refuerzo conseguido por los procuradores. Veamos cuál era la verdad.

Aun cuando Velázquez trató de apresar la nave en que iban los procuradores de Cortés no lo había conseguido; pero sabiendo, si no todo, parte de lo que había pasado, el deseo de vengarse y la avaricia lo incitaron á alzar una nueva armada para venir á tomar posesión de lo que juzgaba suyo y le había defraudado Cortés. No entraremos en pormenores de lo que en España pasaba con los procuradores y los agentes de Velázquez, pues sólo interesan á nuestra historia los hechos pasados en México ó directamente relacionados con ellos. Nos bastará decir que lista la armada, comprendió la audiencia de Santo Domingo, única establecida hasta entonces y que se creía con jurisdicción en todo lo descubierto, las graves consecuencias que la determinación de Velázquez podía traer; por lo cual se nombró al oidor Lucas Vázquez de Ayllón para que fuese á Cuba con amplios poderes é instrucciones. Sus gestiones no dieron más resultado que el que saliese la armada, no al mando de Velázquez, sino al de Pánfilo de Narváez, y se concertase requerir pacíficamente á Cortés, y en caso de resistencia fuesen los barcos á poblar tierras nuevas. Para mayor seguridad se vino con la armada el mismo oidor Ayllón.

La armada constaba de diez y nueve naves entre

barcos y bergantines, mil cuatrocientos soldados, de los cuales ochenta eran de á caballo, noventa ballesteros, setenta arcabuceros, veinte piezas de artillería y mil indios de Cuba para el servicio. A principios de marzo salió la armada del puerto de Guaniguanico; tocó en Cozumel, siguió el río Grijalva para tomar agua y víveres; en camino para Ulúa se perdió una nave con cincuenta españoles, y al fin llegó la expedición á principios de abril, al mismo lugar donde un año antes había desembarcado Cortés. Las naves eran diez y ocho, y al día siguiente del arribo, pretextando Narváez que estaban en mal estado, á pesar de la oposición de Ayllón, desembarcó á su gente y dió por fundada una villa, nombrando alcaldes ordinarios á Francisco Verdugo, cuñado de Velázquez, y á Juan Yuste, mayordomo del mismo, y regidores á Diego y Domingo Velázquez, sus

sobrinos, á Gonzalo Martín de Salvatierra y á Juan de Gamarra. Ahí mismo se presentó á Ayllón un español que le dió noticia de la situación de México, y á poco llegaron de Chinantla, Cervantes, Escalona y Hernández Carretero, quienes se unieron á Narváez y le sirvieron de intérpretes. Moteczuma, antes de avisar tal arribo á Cortés, envió embajada con presentes á Narváez, y como éste contestara que venía á castigar á los españoles que en México estaban, cobró esperanzas y mandó que de todo se abasteciese á los nuevamente venidos.

Ponemos á continuación la lista de los conquistadores que llegaron con Narváez y noticias de otros, que aunque incompletas, fué cuanto pudo reunir el laborioso señor Orozco; y lo hacemos sobre todo para que se conserve trabajo de tanto mérito, pues no sabemos por qué causa no se incluyó en su *Historia*.

CONQUISTADORES QUE VINIERON CON NARVAEZ

- | | | |
|--|--|--|
| Abarca, Pedro de. | Cantillana, Hernando, por quien se dijo el refrán: <i>el diablo está en Cantillana</i> . | Fuentes, alférez de Narváez; murió en el combate de Cempoallan. |
| Acedo, Bartolome. | Cañamero, Juan. | Fuentes, Diego; pobló en el Pánuco. |
| Agandes, Diego. | Cansono, Diego; le mataron los indios en Oaxaca. | Galán, Juan. |
| Aguado, Juan Martín. | Cardonel, Alonso | Galeote, Gonzalo. |
| Aguilar de Campo, Juan. | Carrascosa, Juan. | Gallego, Alvaro, sastre. |
| Alanís, Gonzalo, escribano | Carrillo, Jorge; pobló en Tetzecoco. | Gallego, Andrés. |
| Alfaro, Elías ó Martín, soldado | Carrón, Hipólito de. | Gallegos de Andrada, Juan, casó con doña Isabel Moctezuma, y del matrimonio provienen los Andrada-Moctezuma. |
| Alvarez Santaren, Juan. | Castaño, Juan. | Gallo, Gómez. |
| Alva, Lorenzo. | Castillo, Diego del. | Gamarra. |
| Antón, Martín, el Tuerto. | Castillo, Pedro. De estos Castillos á uno le decían por mote <i>el de los pensamientos</i> , y al otro <i>el de lo pensado</i> . | García, Alonso, albañil. |
| Aparicio, Martín, ballestero. | Cerezo, Gonzalo, peje de Cortés. | García, Diego. |
| Aponte, Esteban de. | Cisneros, Juan, (a) Bigotes. | García, Domingo. |
| Arévalo, Alonso. | Cimancas, Pedro, vecino de Colima. | García, Antón, pregonero. |
| Arévalo, Melchor. | Corbera, Asencio. | García de Alburquerque, Domingo. |
| Arévalo, Pedro. | Cordero, Gregorio. | García de Beaz, Juan. |
| Arriaga, Antonio de. | Collazos, Pedro de. | Garrido, Diego, vecino de Colima. |
| Armenta, Pedro, aserrador. | Coronel, Juan. | Garrido, Juan, negro, el primero que en México sembró y cogió trigo. |
| Avalos, Melchor. | Corral, Juan. | Garro, Pedro, capitán. |
| Avilés, camarero de Narváez. | Cuadros, Pedro de. | Garzón, Francisco. |
| Avilica. | Cuadros, Francisco. | Gerónimo, Martín. |
| Aznar, Antonio. | Cuellar Vélez, Juan. | Ginés, Martín. |
| Astorga, Bartolomé. | Chavarrín, Bartolomé, vecino de Colima. | Godoy, Gabriel. |
| Ballesteros, Rodrigo. | Chavelas, Francisco. | Goleste, Antonio. |
| Bandoy, Juan. | Chávez, Hernando. | Goleste, Alonso. |
| Barba, Pedro, capitán de uno de los bergantines. | Dávila, Rodrigo. | Gollorín, Francisco. |
| Bautista, genovés. | Díaz de Medina, Bernardino. | Gómez, Alonso; vivió en Teopantlán |
| Becerril, Santiago. | Díaz Peon, Diego. | Gómez, Pero, vecino de Colima. |
| Benavides, Alonso. | Díaz de Alcalá, Diego. | Gómez de Jerez, Hernán, buen jinete. |
| Benítez, Alonso. | Díaz Galafate, Francisco. | Gómez de Almazán, Juan. |
| Berlanga, Diego García de. | Díaz de Azpeitia, Juan. | Gómez, Juan, barbero. |
| Berrio, Francisco. | Díaz de Peñalosa, Rui. | Gómez, Rodrigo. |
| Berrio, Pedro. | Domingo, genovés. | González de Portugal, Alonso. |
| Bermúdez, Baltasar, casado con doña Iseo Velázquez de Cuellar, sobrina de Diego Velázquez. | Dominguez Arias, Francisco. | González, Bartolomé, herrero. |
| Bermúdez, Agustín, alguacil mayor de Narváez | Duero, Andrés de. | González, Rui, regidor de México. |
| Bernal, Juan; pobló en Oaxaca. | Ehora, Sebastián de, mulato | González de Heredia, Juan. |
| Bonilla, Alonso de. | Escalona, Francisco, el Mozo. | González de Trujillo, Pedro. |
| Borgoña, Esteban de. | Escalona, Pedro. | González, Diego, poblador de Tasco. |
| Borja, Antonio de. | Escóbar, Pedro, marido de Beatriz Palacios. | González de Nájera, Hernando. |
| Briones, Pedro, capitán de uno de los bergantines. | Espinosa, Rodrigo de. | González, Juan, de Cádiz. |
| Briones, Francisco. | Esteban, genovés. | Grande, Francisco. |
| Bustamante, Luis. | Evía, Rodrigo de, vecino de Colima. | Guía, Juan, de Piedrahita. |
| Calero, Diego; pobló en Michoacán. | Fernández, Juan, vecino de Colima. | Guía, Juan, negro de Narváez que introdujo las viruelas en México. |
| Cano, Juan, marido de doña Isabel Moctezuma y progenitor de la casa de Cano-Moctezuma. | Fernández de Ocampo, Juan. | Guerra, Martín. |
| Cantillana, Francisco. | Flandes, Juan de. | Guidela, negro truhán de Narváez. |
| | Flores, Francisco, señor de Iguala. | Gutiérrez, Alvaro, de Almodóvar. |
| | Fuente, Hernando. | Gutiérrez de Salamanca, Hernan. |

- Gutiérrez, Diego, señor de la mitad de Tequiquiac.
- Gutiérrez, Pedro, de Segovia.
- Gutiérrez, Francisco, herrero.
- Gutiérrez, Pedro, de Valdelomar.
- Guzmán, Luis.
- Hernández de Alanís, Gonzalo.
- Hernández, Pero.
- Hernández Carretero, Alonso
- Hernández, Blas.
- Hernández Niño, Diego.
- Hernández Balsa, Francisco.
- Hernández, Gonzalo, de Zamora.
- Hernández Rendón, Gonzalo.
- Hernández, Gonzalo, de Fregensl.
- Hernández Hermoso, Gonzalo.
- Hernández, Juan.
- Hernández, Martín, de Benalcázar.
- Hernández Roldán, Pedro.
- Hernández, Pedro, sastre.
- Hernández, Cristóbal, alguacil.
- Hernández, Cristóbal, portugués.
- Herrera, Bartolomé.
- Hurtado, Alonso, espía de Narváez.
- Irejo, Alonso Martín.
- Jara, Cristóbal, señor de la mitad de Axulupa.
- Jerez, Pedro de.
- Jiménez, Alonso, de Sevilla.
- Jiménez de Herrera, Alonso.
- Jiménez, Francisco, escopetero.
- Jiménez, Juan; murió en la Noche Triste.
- Jiménez, Juan, de Trujillo.
- Juan, vizcaíno.
- Juan, molinero.
- Juan, peje.
- Lara, Juan.
- Lázaro, Martín.
- Ledesma, Juan.
- Leon, Juan, clérigo.
- Leon, Andrés de.
- Leon, Diego.
- Leon, Gonzalo.
- Lerma, Lope.
- Lezcano
- Limpas Carvajal, Juan.
- Limón, Juan.
- Lobo de Sotomayor, Rui, señor de Acanapecora en Michoacán.
- López, Alonso, poblador en Jalisco.
- López, Alonso, de Baena.
- López, Andrés, de Sevilla.
- López, Antón, vecino de Colima.
- López, Francisco, de Luguerra.
- López, Garci, clérigo.
- López de Avila, Hernando, señor de Cuicatlán.
- López, Francisco; vivió en Guatemala.
- López, Juan, de Ronda.
- López, Pedro, de Palma.
- Lorenzo, genovés.
- Lozano, Pedro.
- Lozano, Francisco.
- Lozano, Juan.
- Loza, Pedro de.
- Lozana, Pedro de.
- Lugo, Alonso del.
- Lugón, Pablo de, vecino de Colima.
- Luis, genovés.
- Madrid, Francisco.
- Maestre, Juan Br., jinete.
- Maldonado, Francisco Pedro.
- Mermolejo, Antonio.
- Márquez, Juan, balletero.
- Marta, Pedro de.
- Martín, sastre.
- Martínez, Valenciano.
- Martínez Gallego, Juan.
- Martínez, Zebrián.
- Mata, Alonso de, balletero de Cortés y regidor de Puebla.
- Mata, Alonso, escribano de Narváez, quien notificó la venida de éste á Cortés, y por ello fué puesto preso.
- Mayorga, Baltasar de.
- Mazas, Cristóbal.
- Medel, Hernando.
- Medina, Francisco.
- Medina, Juan Tello de.
- Mejía, Aparicio.
- Melgarejo, Marcos, clérigo.
- Méndez de Sotomayor, Hernando.
- Méndez de Sotomayor, Juan, buen balletero.
- Miguel de Santiago.
- Miguel, Francisco de, el Chismoso.
- Mino, Rodrigo, artillero.
- Monge, Martín, vecino de Colima.
- Montalvo, Alonso; vivió en Puebla.
- Montero, Diego de.
- Morcillo, Andrés.
- Morico, Pedro.
- Mora Jiménez, Juan.
- Morales, Cristóbal
- Morales, Esteban.
- Morales, Juan.
- Morales, Miguel.
- Nájara Leiva, Juan.
- Nájara Moreno, Pedro, zapatero.
- Navarro, Felipe.
- Nieto, Gómez.
- Niño de Escobar, Alonso, señor de Otumba un día, y al siguiente le ahorcó el factor Salazar.
- Nortes, Ginés.
- Noburias, Francisco.
- Núñez, Juan, vecino de Colima.
- Núñez Trejo, Diego, de Sevilla.
- Núñez de Guzmán, Diego.
- Núñez de San Miguel, Diego, vecino de Tepeaca.
- Núñez, Juan, de Sevilla.
- Núñez de Cuesta, Juan.
- Oblanco, Gonzalo.
- Ocampo, Andrés.
- Ocampo, Alvaro.
- Ochoa de Verazu.
- Ojeda, Cristóbal.
- Olmos, Francisco, marido de Beatriz Bermúdez de Velasco.
- Ordaña, Francisco.
- Orozco Melgar, Juan.
- Ortiz de Zúñiga, Alonso, capitán de balleteros.
- Ortiz, Esteban.
- Osorio, Juan.
- Ovalle, Juan.
- Ozma, Hernando.
- Padilla, Hernando.
- Palma, Miguel de la.
- Pantoja, Juan, capitán de balleteros y señor de Ixtlahuaca.
- Pardo, Bartolomé.
- Pardo, Rodrigo.
- Payo, Lorenzo.
- Papelero, Antón
- Pedraza, Maese Diego.
- Pedro, Martín.
- Pedro, Pablo
- Peña Vallejo, Juan de la, señor de Teticpac y factor por 1529.
- Peña, Francisco de la, aserrador.
- Peñaranda, Alonso.
- Pérez, Hernán.
- Pérez, Francisco, el Sordo.
- Pérez, Francisco, de Sevilla, sastre.
- Pérez, Hernando, piloto.
- Pérez de Gama, Juan, señor de la mitad de Tacuba.
- Pérez, Juan, sastre.
- Pérez, Juan, intérprete.
- Peral, Pedro.
- Pineda, Diego.
- Pinto, Nuño.
- Pinzón, Juan.
- Polanco, Gaspar.
- Porras, Francisco.
- Porras, Pedro Martín.
- Portillo Salado, Juan.
- Portillo, Pedro Alonso de.
- Portillo, Vasco de.
- Portocarrero, Pedro.
- Prieto, Sebastián.
- Quijada, Diego.
- Quintero, Alonso, vecino de Colima.
- Ramírez, Pedro, marinero.
- Rascón, Alonso.
- Retés, Gonzalo.
- Robles, Juan.
- Robles, Pedro.
- Rodas, Nicolás de.
- Rodeta, Francisco Santos de la.
- Rodríguez, Alonso, de Jamaica.
- Rodríguez Cano, Gonzalo, alguacil mayor del campo de Narváez, encomendero de Xochimilco y caballero mayor de Cortés.
- Rodríguez de la Magdalena, Gonzalo; vivió en Puebla.
- Rojas, Diego, alférez de Narváez; murió de capitán en Guatemala.
- Romero, Francisco.
- Romero, padre del primer dean de Puebla.
- Romo, Juan.
- Ronda, Antón de, vecino de Colima.
- Rosas, Juan, el cazador.
- Ruiz de Guevara, Juan, clérigo.
- Ruiz de Alanís, Juan.
- Salamanca, Gaspar.
- Salas, Bartolomé.
- Saldaña, Alonso.
- Saldaña, Pedro de.
- Salderan, Gómez de.
- Salcedo, Diego.
- Salcedo, Juan, el Romo.
- Salces, Bartolomé.
- Sánchez Farfán, Pedro, marido de María Estrada, con quien pobló en Toluca.
- Sánchez, Diego, de Sevilla.
- Sánchez de Ortega, Diego.
- Sánchez, Francisco, tambor.
- Sánchez Ortigosa, Hernán.
- Sánchez, Gaspar, de Cuellar.
- Sánchez, Gaspar, de Salamanca.
- Sánchez, León de Tregenas, marinero.
- Sánchez Garzón, Miguel.
- Sánchez, Cristóbal, maestre de una de las naos.
- Sancho, asturiano.
- Sandoval, Alvaro.
- Santa Clara, Bernardino de, tesorero.
- Santos, Francisco, vecino de Colima.
- Santa Ana, Antón, vecino de Colima.
- Santo Domingo, Miguel de.
- Santiago, vizcaíno, marinero.
- Santaren, Jorge.
- Sebastián del Campanario.
- Sifontes, Francisco de, vecino de Colima.
- Soto, Cristóbal, vivió en Puebla.
- Soto, Sebastián de.
- Suárez, Mendo.
- Tablada, Hernando.
- Tapia, atabalero.
- Tapia, Luis.
- Tavira, Andrés de.
- Tejada, Alonso de
- Terrazas de Mayorga.
- Terraeta, Antón.
- Tirado, Juan, el Airado.
- Tobar, el comendador
- Torres de Córdoba, Juan.
- Tostado, Juan.
- Tostado, Pedro.
- Tovilla, Andrés de la.
- Trujillo, Rodrigo de.
- Trujillo, natural de Leon.
- Utrera, Alonso de.
- Vadillo, Rodrigo de.
- Valdés, Luis.
- Valdovinos, Juan.
- Valenciano, Pedro.
- Valiente, Alonso, secretario de Cortés.
- Valverde, Francisco.

Vanegas, Cristóbal.
 Vázquez de Monterey, Gonzalo.
 Vázquez, Juan, balletero.
 Veintemilla, Sebastián.
 Velázquez, Diego, sobrino del gobernador de Cuba del mismo nombre.
 Velázquez de Lara, Francisco.
 Velázquez Mudarra.
 Velázquez de Valhuerta.
 Vera, Juan de.
 Vergara, Alonso de.
 Villandrando, Rodrigo.
 Villafeliz, Leonardo.
 Villagran, clérigo que murió luego que se ganó México.
 Villafuerte, Juan de.
 Villafañá, Antonio; conspiró contra Cortés, y fué ahorcado en Texcoco.
 Victoria, Alonso de.
 Victoria, Cristóbal de.
 Yuste, Juan, capitán; le mataron los indios.
 Yerraeta, Antonio.
 Zamora, Diego.
 Zamora, Alvaro, intérprete.
 Zamora, Francisco.
 Zaragoza, Miguel de.
 Zárate, Bartolomé.
 Zentino.

MUJERES

Estrada, María de.
 Bermúdez de Velasco, Beatriz.
 Palacios, Beatriz, parda.
 Juana Martín.

REFUERZOS

(GARAY. — SALCEDO — PONCE DE LEÓN —
 ALDERETE. — DUDOSOS)

Soldados de Garay

Loa, Guillén de la, escribano.
 Maestre, Pedro, el de la arpa.
 Núñez, Andrés, carpintero de ribera.
 Camargo, Diego de, comandante de una de las naos de Garay; llegó á Veracruz el año 1520 con unos sesenta hombres flacos, amarillos y dolientes, por lo cual les llamaron los *panzaerdetes*.
 Díaz de Auz, Miguel, capitán de otra de las naos de Garay; fondeó en Veracruz el año 1520, poco después del anterior, con más de cincuenta hombres bien acondicionados, á quienes llamaron *los de los lomos rectos*.
 Ramírez, el Viejo, tercer capitán de Garay; llegó á Veracruz en 1520, con unos cuarenta soldados, á los que les pusieron *los de las albardillas*. Los soldados de estas diversas partidas que encuentro mencionados, son:
 Alonso, Martín, portugués.
 Alvarez, Alonso.
 Anguiano, Antonio, encomendero de Pungarabato.
 Arcos, Gonzalo de, pregonero.
 Arcos, Hernando.
 Avila, Alonso, encomendero de Malacatipu.
 Azamir, Diego; murió en Goatzacoalcos.
 Bacaréz, Pedro de.
 Becerra, Andrés.
 Berra, Pedro de.
 Bola, Martín.
 Bueno, Alonso.
 Carbajal, Hernando.
 Castillo, Francisco, marinero.
 Castro, Andrés.
 Chico, Pedro.
 Delgado, Juan.
 Escalona, Pedro de.
 Francisco, Martín, el hortelano
 García Bravo, Alonso.

Guisado, Francisco.
 Hernández Morallos, Francisco.
 Hernández de Zahorí, Gonzalo.
 Hernández Puebles, Alonso.
 Herrera del Lago, Alonso.
 Hidalgo, Alonso.
 Huelamo, Alonso.
 Inhiesta, Juan de.
 Leon, Diego.
 López, Pedro, portugués.
 Macías, Alonso.
 Madrid, Alonso de.
 Mallorquín, Juan.
 Martínez, Rodrigo, artillero de Camargo.
 Mércuez, Juan, el fundador.
 Motrico, Francisco.
 Niño, Juan.
 Ocampo, Bartolomé.
 Ochoa, Juan.
 Olvera, Martín, piloto.
 Orduña, Alonso.
 Pérez, Bartolomé.
 Plaza, Juan de la, de Valencia
 Rodríguez, Francisco, de Guelva, marinero.
 Rodríguez, Ginés, marinero.
 Ruiz, Juan, de Salamanca.
 Sánchez Agraz, Lorenzo.
 Usagre, Bartolomé, y su hermano.
 Usagre, Diego, artillero de Camargo.
 Velasco, Pedro de.
 Veintemilla, Antonio.
 Yerraeta, Antonio.

Soldados de Salcedo

Morejón de Lobera, Rodrigo, trajo ocho soldados enviados por Diego Velázquez en socorro de Pánfilo de Narváez, y después fué capitán de uno de los bergantines. Las noticias de Panes dicen que trajo un refuerzo con Salcedo, y se conservan de aquellos aventureros los nombres siguientes:
 Alonso, Rui, marinero
 Angulo, Juan.
 Arteaga, Domingo.
 Bejarano, Diego
 Berganciano, Pedro.
 Cabezón, Cristóbal, vecino de Colima.
 Floriano, Jerónimo.
 García de Rivera, Francisco.
 Gallego, Pedro, aserrador.
 Godoy, Bernardino.
 Juan, Lorenzo.
 Orduña, Francisco
 Paradinas, Sebastián.
 Pérez, Juan, el Mozo.
 Ponce, Pedro
 Ramírez, Gonzalo.
 Rodríguez, Gonzalo, de Sevilla.
 Ruiz, Gil Alonso.
 Salvatierra, Rodrigo de.
 Sánchez, Antonio, vizcaino.
 Sánchez, Martín, de Murcia.
 Tirado, Juan.
 Tobar, Juan, criado de Cortés.
 Tomás, genovés
 Vargas, Alonso.
 Villanueva, Pedro; vivió en Puebla.

Soldados de Ponce de León

Ponce de León, Juan, adelantado de la Florida, trajo á la Conquista socorro de armas y soldados. Así se expresan las noticias de Panes, y mencionan los nombres siguientes:
 Aguilar, Juan, vecino de Colima.
 Alanís, Alonso.
 Campo, Blas de.
 Conillen, Francisco, calcetero.
 Encina, Juan de la.
 Hernández, Luis, de Sevilla.
 Izquierdo, Martín.

Milles, Juan.
 Mora, Alonso de.
 Núñez, Antón.
 Rodríguez, Francisco, (a) Pablo sabio.
 Rustiñán, Juan de.
 Santa María, Jerónimo de.
 Villacinda, Rodrigo de.
 Zambrano, Alonso.

Soldados de Alderete

Alderete, Julián, camarero del obispo de Burgos don Juan de Fonseca, presidente del Consejo de Indias; vino con tres navíos y doscientos hombres, llegando al puerto el 22 de febrero de 1521: fué el primer tesoroero real. De sus soldados se conservan los nombres siguientes:
 Altamirano, Lic. Juan, primo de Cortés.
 Añasco, Rodrigo de.
 Arias, Antonio.
 Bartolomé, Martín.
 Bejarano, Sebastián.
 Bonones; le ahorcaron por amotinador en Guatemala.
 Cabra, Juan.
 Carvajal, Antonio, ya viejo, capitán de uno de los bergantines.
 Díaz de la Reguera, Alonso, vecino de Guatemala.
 Espinosa, Martín.
 Franco, Alonso; pobló en Zapotecas.
 Gallego, Diego, de Vigo.
 Gallego, Lope.
 Gómez de Miguel, Pedro.
 Gutiérrez, Francisco, de Madrid, sacristán.
 Lope, Jerónimo, comisario de las bulas.
 Lucas, genovés, piloto.
 Marmolejo, Luis.
 Melgarejo, de Urrea, fray Pedro, religioso franciscano. Bernal Díaz dice que era natural de Sevilla, «y trajo unas bulas del señor san Pedro, y con ellas nos componían si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos; por manera que en pocos meses el fraile fué rico y compuesto á Castilla» Fué, pues, el primer comisario de bulas, y como tal las trajo á Texcoco; fray Bartolomé de Olmedo le dió de cintarazos por ciertas palabras que había dicho en un sermón, como lo testificaba Mota.
 Moreno, Blas.
 Ochoa, Gonzalo, paje de Cortés.
 Orduña, el Viejo, vecino de Puebla; después de la toma de México trajo tres ó cuatro hijos que casó bien.
 Páez, Lorenzo.
 Prisa, Martín de la.
 Ruiz de la Mota, Jerónimo, de Burgos, capitán de uno de los bergantines.
 Ruiz, Marcos, de Moguer.
 Sedeño Goltero, Juan.
 Talavera, Juan de.
 Talavera, Pedro.
 Ubidez, Pedro de.

Soldados de quienes no se sabe á punto fijo con quién vinieron

Azamir, Diego; murió en Coatzacoalcos.
 Caballero, Pedro.
 Hernández, Diego, de la probanza de Margarino.
 Huerto, Juan del, vino con Calahorra.
 Hojeda, doctor Cristóbal, curó de sus quemaduras á Cuauhtemoc.
 Rivera, Diego; vino con Mota.
 Valdivieso, Juan, tronco de la casa de San Miguel, de Aguayo; vino con Mota.

CONQUISTADORES QUE FIRMARON LA CARTA DE 1520

(Las letras que van después del nombre indican: la *c* Cortés; la *n* Narváez; la *g* Garay; la *p* Ponce; la *ca* Camargo; la *s* Salcedo, y la *a* Alderete).

Abarca, Pedro de. *c.*
 Abascal, Pedro de. *n.*
 Aguilar, Jerónimo de, intérprete. *c.*
 Aguilar, García de. *c.*
 Aguilar, Hernando de. *g.*
 Aguilar, Francisco; murió religioso dominico. *c.*
 Aguilera, Juan de. *n.*
 Alanís, Pedro de. *c.*
 Alburquerque, Francisco de. *c.*
 Alcántara, Juan de. *c.*
 Alduines, Alonso de.
 Alemán, Gaspar. *n.*
 Almodóvar, Juan de, el viejo. *c.*
 Alonso, Andrés, de Málaga. *p.*
 Alonso, Andrés, (*diverso*) *n.*
 Alonso, (*en blanco el apellido*).
 Alonso, (*en blanco el apellido*).
 Alvarado, Pedro de, capitán en México, comendador de Santiago, conquistador de Guatemala; murió en Jalisco. *c.*
 Alvarado, Gómez de. *c.*
 Alvarado, Gonzalo de. *c.*
 Alvarado, Jorge de, capitán en el campo de Tlacópan, y en Guatemala teniente de capitán general: los cuatro eran hermanos. *c.*
 Alvarado, Francisco de. *c.*
 Alvarez Chico, Rodrigo, veedor en el ejército. *c.*
 Alvarez, Alonso. *n.*
 Alvarez, Juan, el Marquillo de Huelva. *c.*
 Alvarez, Pedro, marinero, de Sevilla. *c.*
 Alvarez, Juan. *n.*
 Alvarez Galeote, Juan; comieronle los indios. *n.*
 Aparicio, Juan de. *c.*
 Arcos Cervera, Gonzalo de. *n.*
 Arévalo, Francisco de. *c.*
 Arnés de Sopena, Pedro del. *c.*
 Arriaga, Juan de. *n.*
 Arizavalo, Antonio de. *n.*
 Asturias, Pedro de las. *c.*
 Asolano, Juan.
 Avesalla, Hernando de, escribano de S. M.
 Avila, Lope de. *n.*
 Avila, Juan de, señor de Chilhuatla. *n.*
 Avila, Juan de, (*diverso*) *n.*
 Avila, Rodrigo de. *n.*
 Avila, Gaspar, buen jinete; vivió en Tasco. *n.*
 Azo, Juan de.
 Azeces, Juan de.
 Ayamonte, Diego de. *c.*
 Badajoz, Gutierre de, capitán en el sitio de México. *n.*
 Badales, Diego. *n.*
 Báez, Pedro. *c.*
 Ballesteros, Juan. *c.*
 Ballesteros, Francisco. *n.*
 Bamba, Cabeza de Vaca, Pedro. *n.*
 Balderrama, Gómez de. *c.*
 Barahona, Sancho de. *c.*
 Barahona, Martín. *n.*
 Barco, Francisco del. *c.*
 Barco, Pedro del. *n.*
 Bartolomé, fray; la firma no lleva el apellido de Olmedo: era religioso mercedario. *c.*
 Basurto, Alonso. *n.*
 Becerra, Alvaro. *c.*
 Bellido, Juan. *n.*
 Bello, Alonso. *n.*
 Benavente, Pedro de. *n.*
 Benítez, Sebastián. *c.*
 Bermúdez, Diego, piloto de Narváez.
 Bernal, Francisco. *n.*
 Bernal, Francisco de. *n.*
 Bibriesca, García de. *n.*
 Blanes, Pedro. *n.*

Bono, Juan. *c.*
 Bono de Quexo, Juan. *n.*
 Bravo, Antón. *c.*
 Bueno, Juan. *n.*
 Burgueño, Hernando. *p.*
 Cabello, Alonso.
 Cabra, Juan de. *c.*
 Cabrero, Hernando. *c.*
 Cáceres, Juan de. *c.*
 Calvo, Pedro. *g.*
 Calvo, Pedro, (*diverso*). *n.*
 Campos, Andrés. *n.*
 Campos, Bartolomé de. *n.*
 Cárdenas, Luis, el Hablador. *c.*
 Cárdenas, Juan de. *c.*
 Cárdenas, Alonso de. *n.*
 Carmona, Juan de. *c.*
 Carmona, Esteban de, hermano del anterior. *c.*
 Caro Gutiérrez, García, balletero. *c.*
 Casas, Martín de las. *c.*
 Casanova, Francisco de. *n.*
 Castañeda, Rodrigo de, intérprete, alférez real nombrado por la primera audiencia. *c.*
 Castellano, Diego. *c.*
 Castillo, Alonso de. *n.*
 Castro, Francisco de. *n.*
 Ceciliano, Juan. *c.*
 Centeno, Pedro. *n.*
 Cermeño, Juan.
 Cervantes, Leonel de, comendador de Santiago, estuvo en el principio de la Conquista, se fué á España y regresó á México en 1524 trayendo á sus seis hijas; la mayor, doña Isabel de Lara, casó con el capitán don Alonso Aguilar y Córdoba; doña Ana Cervantes, casó con el alférez real Alonso de Villanueva; doña Catalina, con el capitán Julio de Villaseñor Orozco; doña Beatriz Andrada, con don Francisco de Velasco, caballero del orden de Santiago; doña María, con el capitán Pedro de Ircio; doña Luisa de Lara, con el factor Julio Cervantes Casanuz: de estos matrimonios vienen muchas de las principales familias de México. *c.*
 Cisneros, Alberto de. *n.*
 Colmenero, Esteban. *c.*
 Contreras, Alonso de. *c.*
 Corral, Cristóbal del, primer alférez que hubo en México; murió en Castilla. *c.*
 Cortés de Mérida, Gonzalo Hernando. *c.*
 Cuellar, Juan de, buen jinete, casó con doña Ana, hija del rey de Tetzcoaco. *c.*
 Cuellar, Juan (*diverso*), vecino de México. *n.*
 Cueva, Simón de. *n.*
 Chávez, Martín de. *n.*
 Dava, Lorenzo.
 Cristóbal Martín, el Tuerto. *c.*
 Cristóbal Martín, el de Huelva. *c.*
 Cristóbal Martín, de Sevilla, marinero. *n.*
 Cruz, Martín de la. *n.*
 Dávila, Alonso de, hermano de Gil González, quien mató á Olid en Hibuera; fué por procurador á España, á nombre de Cortés. *c.*
 Deza de Alconchel, Francisco. *c.*
 Díez, Diego. *n.*
 Díez, Juan, clérigo. *c.*
 Díez, Cristóbal, buen balletero. *n.*
 Díez, Juan, tenía una nube en un ojo, y estaba encargado del rescate y de las vituallas de Cortés; le mataron los indios. *c.*
 Díaz, Francisco. *n.*
 Diego, (*el apellido en blanco*).
 Diego, Martín, balletero de Ubeda. *c.*
 Diego, Martín, (*diverso*) *n.*
 Dircio (*ó de Ircio*), Martín; vivió en Tepeaca, llamado por los españoles Segura de la Frontera. *c.*
 Dolanos, Francisco. *n.*
 Dolí (*ó de Olid*), Cristóbal, capitán y maestro de campo, se rebeló contra Cortés en Hibuera, y murió degollado en Naco. *c.*

Domingo, Martín. *c.*
 Domínguez, Gorzalo, buen jinete; murió á manos de los indios. *c.*
 Domínguez, Pedro. *n.*
 Dorantes, Martín. *c.*
 Dozma (*ó de Ozma*), Hernando. *n.*
 Duero, Sebastián de. *n.*
 Durán, Juan. *n.*
 Durán, Juan. *n.*
 Durán, Juan, (*diverso*), sacristán. *n.*
 Eibar, Andrés de. *n.*
 Escalona, Lucas de. *n.*
 Escobedo, Francisco de. *n.*
 Espíndola, García de. *n.*
 Espinor, Juan de. *n.*
 Espinosa, Juan de, vizcaino. *c.*
 Esteban, Can (*en blanco*).
 Estrada, Francisco de. *n.*
 Esturiano, Alonso. *n.*
 Evía, Francisco de. *n.*
 Farfán, Andrés. *n.*
 Farfán, Cristóbal. *n.*
 Fernández, Diego. *n.*
 Fernández, Rodrigo. *n.*
 Fernández Macías, Juan. *n.*
 Fernández, Alonso. *n.*
 Fernández, Pedro, secretario de Cortés en 1519. *c.*
 Fernández, Martín. *n.*
 Fernández, Pedro. *n.*
 Fernández, Alonso (*diverso*). *n.*
 Fernández, Alonso (*diverso*). *n.*
 Fernández Pablos, Alonso. *n.*
 Fernández, García. *n.*
 Flamenco, Juan. *c.*
 Flores, Cristóbal, capitán de uno de los bergantines. *c.*
 Flores, Francisco, vecino de Oaxaca. *c.*
 Francisco, Martín, dispensero de Cortés. *c.*
 Francisco de (*el apellido en blanco*).
 Francisco de (*el apellido en blanco*).
 Fraile, Juan. *n.*
 Franco, Bartolomé. *n.*
 Frías, Luis de. *c.*
 Frías, Hernando de. *n.*
 Fonseca, Diego de. *a.*
 Gabarro, Antón. *c.*
 Galeote García, Alonso. *c.*
 Gallardo, Pedro, marinero de Salcedo.
 Gallardo, Pedro (*diverso*). *n.*
 Gallego, Francisco, carpintero. *ca.*
 Gallego, Cristóbal. *c.*
 Gallego, Francisco (*diverso*), maestro de una de las naos de Cortés. *c.*
 Gallego, Benito, vecino de Colima. *ca.*
 Gamboa Cristóbal, Martín de, caballero de Cortés. *c.*
 Gaona, Tomás de. *c.*
 García, Martín, archero de Cortés. *c.*
 García, Martín (*diverso*); murió en Hibuera. *n.*
 García Méndez, Juan. *n.*
 García, Francisco, teniente. *c.*
 García, Francisco, espadero. *n.*
 García, Andrés, de la Oliva. *c.*
 García, Pedro, de Jaen. *n.*
 García, Alonso, de Algarrovillas. *n.*
 García, Juan, herrero. *n.*
 García Camacho, Juan. *n.*
 García Gonzalo. *n.*
 García Juan, de Béjar. *c.*
 García, Francisco (*diverso*). *n.*
 García (*no se entiende*).
 Garrido, Cristóbal. *n.*
 Gentil Rey, Nuño. *n.*
 Giblaltar, Alonso de. *n.*
 Gil, Francisco de. *n.*
 Ginovés, Bautista. *n.*
 Ginovés, Ramón. *c.*
 Ginovés, Marcos. *n.*
 Ginovés, Domingo. *n.*
 Gómez, Nicolás. *c.*
 Gómez, Pedro, de Jerez. *n.*
 Gómez, Miguel. *n.*

- Gómez, Juan, de Lepe. *c.*
 Gómez Cornejo, Diego. *n.*
 Gómez, Juan, de Béjar. *n.*
 Gómez, Domingo. *n.*
 González, Alonso, de Galicia. *c.*
 González, Alvaro. *n.*
 González, Alvaro (*diverso*). *n.*
 González de Harinas, Alcázar, Pedro. *n.*
 González, Rodrigo. *n.*
 González, Lorenzo. *n.*
 González Sabote, Pedro. *c.*
 González Nájara, Pedro. *c.*
 Gonzalo, Martín. *n.*
 Gordillo, Gonzalo. *n.*
 Grijalva, Sebastián de, alguacil. *n.*
 Grijalva, Juan de. *n.*
 Gutiérrez, Hernán. *n.*
 Gutiérrez, Gómez. *n.*
 Gutiérrez, Gonzalo. *c.*
 Gutiérrez de Valdelomar, Pedro. *n.*
 Gutiérrez, Pedro, de Sevilla. *c.*
 Gutiérrez, Gaspar. *n.*
 Gutiérrez Nájera, Alonso. *n.*
 Guzmán, Cristóbal de. *c.*
 Guzmán, Pedro de, pasó al Perú. *c.*
 Hallaus, Hernando.
 Hernández, Blasco. *n.*
 Hernández, Pedro, de Niebla. *c.*
 Hernández, Cristóbal, carpintero. *c.*
 Hernán, Martín. *n.*
 Herrera, Alonso, de Jerez; murió en Marañón. *c.*
 Hidalgo, Alonso. *g.*
 Hoces, Andrés de. *n.*
 Holguín, Diego. *n.*
 Illescas, Hernando de. *n.*
 Ircio, Pedro de, capitán. *c.*
 Jaen, Martín de. *n.*
 Jaramillo, Juan, capitán de uno de los bergantines, y marido de doña Marina ó la Maltzín. *c.*
 Jerez, Hernando. *n.*
 Jerez, Alonso de. *c.*
 Jerez, Juan de; vivió en Veracruz. *c.*
 Jibaja, Pedro de.
 Jiménez, Miguel, artillero de Cortés.
 Jiménez, Juan, hermano del anterior; uno de ellos murió á manos de los indios. *c.*
 Juan, Bautista, indio de Cuba. *c.*
 Juan (*el apellido en blanco*).
 Juárez, Mendo. *n.*
 Juárez, Diego. *n.*
 Juárez, Hernando. *n.*
 Lagos, Gonzalo de; murió en poder de indios. *n.*
 Larios, Juan. *n.*
 Ledesma, Alonso de. *n.*
 Leiva, Juan de. *n.*
 Leon, Juan de, vecino de la Veracruz; no estuvo en la guerra. *c.*
 Lerma, Hernando de, capitán, ya anciano. *c.*
 Lobato, Cristóbal. *n.*
 López Lucas, Juan. *n.*
 López, Juan, balletero, de Zaragoza. *c.*
 López, Juan (*diverso*), de Sevilla. *c.*
 López, Francisco, correo de á pié entre México y Veracruz. *c.*
 López, Pedro, balletero.
 López, Francisco (*diverso*), de Marchena. *c.*
 López, Bartolomé, archero de Cortés. *c.*
 López, Gonzalo. *n.*
 López, Martín, el que puso fuego al aposento en que se defendía Narváez en Cempoalu; sirvió de maestro para la construcción de los bergantines. *c.*
 López Gabriel, Simón. *n.*
 Lorca, Sebastián de. *n.*
 Loñas Baena, Alonso.
 Lozano, Hernando. *n.*
 Luis (*el apellido en blanco*).
 Lugo, Francisco de, capitán. *c.*
- Llanimpinto, Hernando de.
 Llanos, Hernán. *n.*
 Llerena, Diego de.
 Maldonado, Francisco, el ancho. *n.*
 Maestre, Juan, cirujano de Narváez.
 Maestre, Pedro, el de la arpa. *c.*
 Maluendo, Pedro de, mayordomo de Narváez
 Madrigal, Juan de. *c.*
 Mancilla, Juan de, regidor de México y encomendero de Tetela. *n.*
 Manzanilla, Juan de, indio de Cuba y vecino de Puebla. *c.*
 Marín, Luis, capitán en el sitio de México. *c.*
 Márquez, Francisco. *n.*
 Marroquí, Francisco. *n.*
 Maya, Juan de. *n.*
 Mayor, Juan. *n.*
 Medina, Gonzalo de, botiller de Cortés; murió religioso franciscano. *c.*
 Melgarejo, Juan. *n.*
 Mejía, Gonzalo, por sobrenombre el Rapa-pelo, porque decía que era nieto de un Mejía que andaba á robar en tiempo del rey don Juan. *c.*
 Méndez, Juan. *n.*
 Méndez, Pedro de. *n.*
 Mendoza, Alonso de. *c.*
 Moguer, Rodrigo de. *ca.*
 Moguer, Juan de. *n.*
 Mola, Diego de. *n.*
 Mola, Andrés de, levantisco. *n.*
 Molina, Antón de. *n.*
 Montañés, Lucas.
 Montañés, Juan.
 Montaña, Francisco, alférez de Pedro de Alvarado en el sitio de México. *n.*
 Montero, Diego, cocinero de Cortés.
 Monjaréz, Andrés de, capitán; estaba buboso. *c.*
 Morales, Alonso de. *c.*
 Morales, Juan de. *ca.*
 Morales, Martín de. *n.*
 Morales, Francisco. *n.*
 Moralesnestros, Francisco.
 Montes, Alonso. *n.*
 Morcillo, Alonso. *n.*
 Moreno, Diego. *n.*
 Moreno, Pedro, de Aragón; pobló en la Puebla. *n.*
 Moreno, Juan, de Lepe. *p.*
 Moro, Alonso. *n.*
 Muda, Julián de la. *c.*
 Muñoz, Gregorio. *n.*
 Muñoz, Juan. *n.*
 Muñoz, Hernán. *n.*
 Naipes, Diego. *c.*
 Nájara, Rodrigo de. *c.*
 Nájara, Juan de, buen soldado, balletero. *c.*
 Napolitano, Felipe. *n.*
 Nasciel, Alonso de.
 Navarrete, Alonso, buen soldado, señor de Coyuca, paje de Cortés; murió religioso agustino.
 Navarro, Juan. *n.*
 Nieto, Pedro. *n.*
 Nortes, Alonso. *n.*
 Núñez, Andrés. *c.*
 Núñez, Alonso. *n.*
 Ocaña, Pedro de. *n.*
 Ochoa de Flexalde, Juan. *n.*
 Ochoa de Azúa. *n.*
 Ojeda, Luis de. *s.*
 Ojeda, Alonso de, de Badajoz. *c.*
 Olanos, Sebastián. *n.*
 Oliveros, Francisco, cetrero de Cortés.
 Ordáz, Diego de, capitán de los soldados de espada y rodela, comendador de Santiago; murió en el Marañón. *c.*
 Orozco, Francisco de, capitán de la artillería. *c.*
 Ortiz, Cristóbal. *c.*
 Ortiz, Juan. *n.*
 Ortiz, Alonso. *n.*
- Oviedo, Martín de. *n.*
 Oviedo, Bernardino de. *n.*
 Pacheco, Cristóbal, vecino de México. *c.*
 Palacios, Nicolás.
 Palma, Pedro de. *c.*
 Paredes, Bartolomé de. *n.*
 Pardo, Bartolomé; murió en poder de indios. *c.*
 Pastrana, Alonso de. *p.*
 Payno, Lorenzo. *n.*
 Paz, Martín. *n.*
 Paz, García. *n.*
 Pedro de (*el apellido en blanco*).
 Pedro de S. (*el apellido en blanco*).
 Peña, Rodrigo de. *c.*
 Pérez el Bachiller, Alonso. *n.*
 Pérez el Bachiller, Alonso (*diverso*). *n.*
 Pérez, Agustino. *n.*
 Pérez, Juan. *n.*
 Pérez de Aquitiano, Juan. *c.*
 Pérez, Juan (*diverso*); mató á su mujer que se decía la hija de la Vaquera.
 Pérez, Alonso. *n.*
 Pérez, Alvaro. *n.*
 Pérez Cuenca, Benito. *n.*
 Pilar, García del, intérprete. *n.*
 Pinzón, Ginés. *c.*
 Pinzón, Juan. *c.*
 Placencia, Juan de. *n.*
 Ponte, Esteban de. *n.*
 Porcallo, Vasco. *n.*
 Porego, Hernando. *n.*
 Porras, Diego de. *c.*
 Porras, Hernando de, cantor. *c.*
 Porras, Diego de (*otro*). *n.*
 Porras, Sebastián de. *c.*
 Porras, Bartolomé de. *n.*
 Portillo, Andrés de. *n.*
 Portillo, Alonso de. *n.*
 Puebla, Bartolomé Alonso de la. *n.*
 Puente, Alonso de la. *c.*
 Puerto, Juan del, marinero. *c.*
 Puerto, Martín del. *n.*
 Quemada, Antón de. *c.*
 Quintero, Alonso; trajo á Cortés en su buque á Santo Domingo y después vino con él á la Conquista.
 Quintero, Francisco. *c.*
 Quiñones de Herrera, Alonso. *n.*
 Quiñones, Antonio, capitán de la guardia de Cortés. *c.*
 Ramírez, Rodrigo. *n.*
 Ramos de Torres, Juan. *n.*
 Resiño, Juan Antón. *n.*
 Rellero, Gonzalo. *n.*
 Rengel, Rodrigo, capitán y señor de Choluta; fué para nada y murió de bubas. *c.*
 Rico de Alanís, Juan, buen soldado; le mataron los indios. *c.*
 Rico, Juan. *n.*
 Rieros, Alonso. *a.*
 Río, Alonso del, de Sevilla. *n.*
 Rixoles, Tomás de. *c.*
 Rivera, Juan de. *c.*
 Rivera, Hernando de. *n.*
 Robles, Hernando de. *s.*
 Robles, Gonzalo de. *n.*
 Rodas, Pedro de. *n.*
 Rodas, Antón de. *n.*
 Rodríguez de Villafuerte, Juan, capitán de uno de los bergantines: según las noticias de Panes, «fué desbaratado en el pueblo de las Troxes, que es en los Motines; fundó el Santuario de Nuestra Señora de los Remedios, por mandato de Cortés.» *c.*
 Rodríguez de Escobar, Pedro, señor de Ixmiquilpan. *c.*
 Rodríguez, Juan, de Sevilla. *a.*
 Rodríguez, Cristóbal, trompeta. *c.*
 Rodríguez, Carmona, Pedro.
 Rodríguez, Juan (*otro*), balletero de Narváez.
 Rodríguez, Francisco. *n.*
 Rodríguez, Nicolás. *n.*

- Rodríguez, Francisco (*otro*), carpintero. *c.*
 Rodríguez, Pedro. *n.*
 Rodríguez, Juan (*otro*). *n.*
 Rodríguez de Prado, Hernando. *n.*
 Rodríguez, Sebastián, señor de la mitad de Malinalco, ballestero. *c.*
 Rojas, Hernando de. *n.*
 Rojo, Tomás. *n.*
 Román, Bartolomé. *p.*
 Romero, Alonso, vecino de la Vera Cruz. *c.*
 Romero, Pedro. *c.*
 Romero, Pedro (*otro*). *n.*
 Romero, Pedro (*otro*). *n.*
 Rubio, Juan. *n.*
 Rubio, Diego. *n.*
 Ruiz, Pedro, de Guadalcázar. *c.*
 Ruiz de Viana, Juan. *n.*
 Ruiz de Yaseres, Diego.
 Sabiote, Pedro. *c.*
 Salamanca, Juan de; se portó briosamente en la batalla de Otumba. *n.*
 Salamanca, Alonso de. *g.*
 Salamanca, Diego de. *n.*
 Salamanca, Francisco Miguel. *n.*
 Salamanca, Alonso de (*otro*). *n.*
 Salazar, Rodrigo de. *c.*
 Salazar, Francisco de. *n.*
 Salcedo, Sancho de. *n.*
 Saldaña, Antonio de. *n.*
 Selgado, Juan. *n.*
 Salinas, Jerónimo. *n.*
 Salvatierra, Alonso de. *a.*
 Samos, Gutierre de. *n.*
 Sanabria, Diego. *n.*
 Sánchez, Pero.
 Sánchez, Gonzalo, portugués, valiente soldado. *c.*
 Sánchez, Bartolomé, encomendero de Coyotepec, en Oaxaca. *c.*
 Sánchez de Montejo, Alonso. *n.*
 Sandoval, Gonzalo de, capitán, alguacil mayor y aun gobernador de la Nueva España; murió en Palos al ir á España. *c.*
 San Martín, Francisco de. *n.*
 San Miguel, Melchor de, repostero de Cortés.
 Santana, Juan de. *n.*
 Santa Cruz, Francisco de. *n.*
 San Remón, Juan Carlos de. *p.*
 Santiago, Diego de. *n.*
 Santiago, Bernardino de. *g.*
 Santiesteban, Andrés, viejo, ballestero, vecino de Chiapa. *c.*
 Sedeño, Juan, natural de Arévalo; trajo un navío suyo, una yegua, un negro y muchas vituallas.
 Sedeño, Gregorio. *n.*
 Segura, Martín de. *n.*
 Sepúlveda, Pedro de. *n.*
 Silva, Antonio de. *n.*
 Sobrino, Gonzalo. *s.*
 Solís, Francisco de, capitán de artillería, alcaide de las Atarazanas y señor de Tamazulapa. *c.*
 Solís, Gonzalo de. *c.*
 Solís, Pedro de, por sobrenombre Tras-de-la puerta. Ignoro si serán los mismos; pero Bernal Díaz menciona además á Solís el de la huerta ó sayo de seda, Solís el anciano, Solís casquete. *c.*
 Solís, Francisco, repostero de plata de Cortés
 Solórzano, Juan de. *n.*
 Soldado, Martín. *n.*
 Soto el de Toro, Diego de, mayordomo de Cortés.
 Tamayo, Bartolomé. *n.*
 Tapia, Andrés de, capitán. *c.*
 Tapia, Hernando de. *n.*
 Tapia, Juan. *n.*
 Tarifa, Gaspar de. *c.*
 Tebiano, Jerónimo. *n.*
 Terrón, Juanes. *n.*
 Tillalo, Guillén.
 Tomboria, Juan.
 Toledo, Alonso de. *s.*
 Toral, Hernando de. *n.*
 Torres, Hernando de. *c.*
 Torres, Alonso de. *n.*
 Trevejo, Juan de. *c.*
 Trujillo, Alonso de. *a.*
 Trujillo, Hernán de. *n.*
 Trujillo, Andrés de. *s.*
 Trujillo, Pedro de. *s.*
 Uriola, Gonzalo de. *n.*
 Utrera Núñez, Francisco de. *n.*
 Valdenebro, Diego de, encomendero de Capula. *c.*
 Valencia, Pedro. *n.*
 Valiente, Andrés. *c.*
 Valladolid, Rodrigo de, el Gordo; murió á manos de los indios. *c.*
 Valladolid, Juan de, murió á manos de los indios. *c.*
 Valladolid, Juan de (*otro*). *n.*
 Valte, Gonzalo de
 Valle, Juan del, soldado valiente, por lo que el emperador le concedió armas. *c.*
 Vargas, Francisco de. *c.*
 Vázquez de Tapia, Bernardino, capitán. *c.*
 Vázquez, Francisco. *c.*
 Vázquez, Francisco (*otro*). *n.*
 Vega, Francisco de, boticario. *c.*
 Veintemilla, Antón de. *c.*
 Vejer, Benito de, atambor en Italia y en México. *c.*
 Velázquez, Francisco, el Corcovado. *c.*
 Velázquez, Luis; murió en Hibueras. *c.*
 Velázquez, Francisco (*otro*). *n.*
 Vélez, Martín. *n.*
 Vélez de Avella, Juan. *n.*
 Vergara, Juan de. *p.*
 Vergara, Martín de. *n.*
 Villafraña, Antonio de. *n.*
 Villacorta, Juan de. *g.*
 Villalobos, Pedro de; se fué rico á España. *c.*
 Villanueva, Bartolomé de. *c.*
 Villanueva, Alonso de, secretario de Cortés y primogénito de la casa de los Villanueva Cervantes. *c.*
 Villanueva, Alonso. *n.*
 Villar, Pedro de. *n.*
 Villaroel, Antón de, ayo de don Hernando. *c.*
 Villareal, Diego de. *n.*
 Villasanta, Miguel de. *n.*
 Villaverde, Pedro de. *n.*
 Villoría, Pedro de. *n.*
 Vizcaino, Pedro. *c.*
 Vizcaino, Juan. *n.*
 Vizcaino, el.
 Volante, Juan. *n.*
 Xanuto, Bartolomé. *c.*
 Xorista, Pedro de. *n.*
 Yajestas, Juan de.
 Yerena, Alonso de. *n.*
 Zamorano, Pedro. *a.*
 Zamudio, Juan, señor de Piaxtla. *c.*
 Zamudio, Juan (*otro*), señor de Michmaloyan. *n.*